

# La Esfera

18 Marzo 1916

Año III.—Núm. 116

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO, cuadro original de Baldomero Galofre





DE LA VIDA QUE PASA  
**LA GUERRA CONTRA EL LUJO**

Uno de los mayores beneficios acarreados por la guerra es que ha enseñado economía a los pueblos de Europa. Les ha enseñado, por ejemplo, que el lujo es antieconómico. Pocos días atrás decía en un discurso el Primer Ministro de Inglaterra: «Tenemos que reducir nuestras importaciones innecesarias, nuestro consumo de artículos de lujo y no sólo los gastos del Gobierno, sino los de los particulares en todo lo posible».

Esta es una verdad que la sabe todo el mundo y que lo mismo es válida en tiempo de paz que en tiempo de guerra. El lujo es antieconómico. Y ello no necesita prueba porque en el concepto de lujo ya se entiende que es lo antieconómico por antonomasia.

Pero tengo que añadir otra cosa que ya no es tan obvia. Si no se hubiese inventado nunca la pseudo ciencia llamada economía política, no se habría obscurecido nunca en el humano espíritu.

Todas las fundamentales verdades económicas las saben cuantas gentes no han estudiado economía. Una de ellas es que conviene más que los hombres se dediquen a producir riqueza que no a disputarse la riqueza producida. Otra es que vale más ahorrar que gastar lo producido. Otra que conviene más dedicar lo ahorrado a producir nueva riqueza que no consumirlo en artículos de lujo, que son improductivos.

Con lo cual queda dicho que el hombre económico ideal es aquel cuya producción sea infinita, pero cuyo consumo sea cero. Este hombre no se ha dado ni se dará nunca en el mundo. Allende el mundo, empero, existe un Ser que responde a esta definición del hombre económico ideal. Es Dios. Como productor lo ha creado todo; pero no sabemos que haya nunca consumido cosa alguna.

Pero la economía política había dicho que, «los lujos del rico dan trabajo a los pobres». Y era verdad. El consumo de artículos de lujo ocasiona la ocupación de muchos millones de hombres y mujeres en su producción y en su distribución, é impide, consiguientemente, que se ocupen en la producción de artículos necesarios.

Todas las industrias de lujo representan una pura pérdida de la energía humana.

Son artículos de lujo todos lo que no contribuyen a la subsistencia del género humano, ni a su perfeccionamiento espiritual. Son, por definición, innecesarios. Emplear trabajo en producirlos y distribuirlos es sustraerlo a la producción de cosas necesarias.

Es verdad que el lujo da trabajo a los pobres. Pero el trabajo no es un fin; es un medio.

El lujo hace que se produzcan encajes; pero disminuye la producción de pan. Y lo que el pueblo necesita no es trabajo, sino pan.

La economía de una nación no es distinta de la de un individuo. Si yo tengo 6.000 pesetas al año y mi mujer se gasta 5.000 en vestidos, no me quedarán más que 1.000 para la casa y la alimentación de la familia. Si en vez de gastarse 5.000 pesetas en vestidos se gasta

200 me será ya más fácil sostener la familia con relativa holgura.

Es verdad que si mi mujer se gasta 5.000 pesetas en vestidos dará trabajo a una ó dos costureras. Pero, ¿qué harán estas dos costureras? Atender á los caprichos de mi mujer. Supongamos que estas dos costureras se ocupasen en llevar á pastar un par de vacas, en ordeñarlas y en fabricar con la leche mantequillas y quesos. El resultado es que habría más leche, más quesos, más mantequilla y más carne de vaca en el mundo. O lo que es lo mismo: el resultado sería una disminución en el número de hambrientos.

El lujo ocupa á mucha gente: cocheros, lacayos, joyeros, modistas, fabricantes de sombreros de copa, etc., etc. Pero toda esa multitud de gentes á las que el lujo ocupa no realizan funciones necesarias, sino de lujo. Si su trabajo se emplease en funciones de artículos necesarios, el resultado sería la abundancia de estos artículos necesarios. Pan para todo el mundo.

Todo esto es tan elemental, que realmente no hacía falta la guerra para que la humanidad se cerciorase de que es cosa cierta. ¿Por qué

lo ha revelado la guerra? Sencillamente por las inmensas sumas que son necesarias para sostenerla.

Inglaterra gasta en la guerra la cifra fantástica, aterradora, de 45.000 millones de pesetas al año. Los ingresos anuales de Inglaterra no exceden de 60.000 millones de pesetas. Pues es preciso ó que los ingleses aprendan á vivir con los 15.000 millones restantes ó que consuman su capital, hipotecándolo, y se vean reducidos á la inopia cuando la guerra acabe.

¿Es posible que los ingleses se resignen á vivir con 15.000 millones cuando estaban acostumbrados á gastar unos 50.000 y á ahorrar los otros 10.000?

Ello supondría que cada familia se redujese á vivir con menos de la tercera parte de lo que estaba acostumbrada á gastar.

Como esta reducción es imposible, se hace necesaria la intervención del Gobierno. Y esta intervención ha consistido en prohibir á raja tabla la importación de numerosos artículos de lujo y de otros, como el tabaco, el papel, los muebles, la pasta de maderas y las frutas que no pueden ser considerados estrictamente como artículos de lujo.

El ideal de una economía para tiempo de guerra no es difícil de formular. Consiste: primero, en suprimir todos los lujos; segundo, en hacer que toda la población del país, pobres y ricos, hombres y mujeres, se ocupe en la producción de los artículos necesarios para las escuadras y los ejércitos y las gentes que se dedican á aprovisionarles, y tercero, puesto que siempre será preciso comprar al extranjero algunos artículos, procurar pagarlos con otros artículos, á cuyo fin hay que tolerar la ocupación de cierto número de obreros en las industrias de exportación.

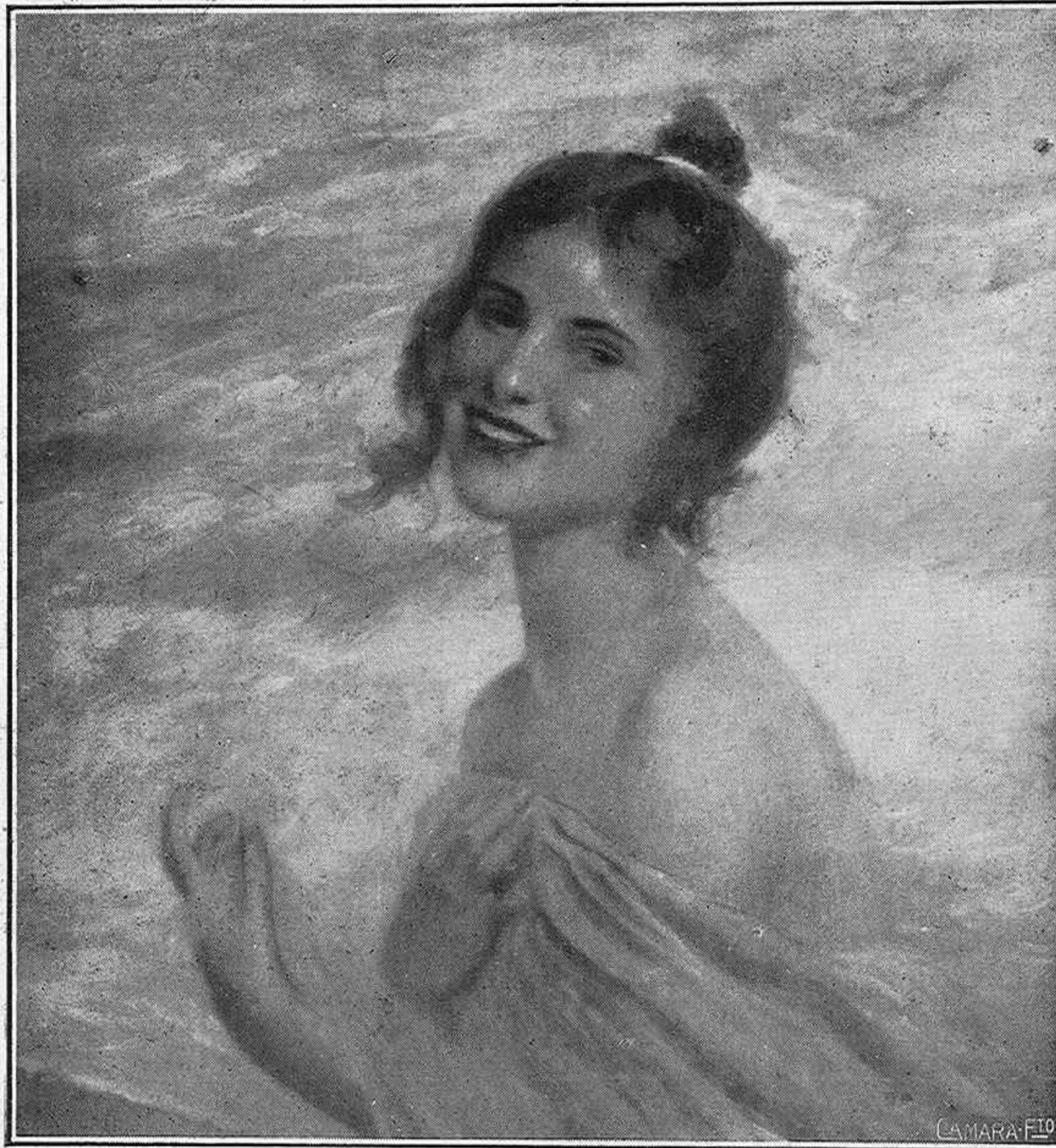
Este ideal es irrealizable porque resulta que los hombres son malos y viciosos y creen necesitar muchas más cosas de las que realmente necesitan. Ningún Gobierno puede fíjar demasiado de la cuerda sin exponerse á que se rompa. Estoy seguro de que aun en la misma Alemania las gentes ricas consumen aún muchas más cosas de las que les son estrictamente necesarias.

En Inglaterra los principios liberales hacen que el Gobierno aplace todo lo posible la promulgación de medidas que acaben radicalmente con el lujo y que obliguen á trabajar á los ociosos de ambos sexos.

Pero si la guerra dura mucho—y es posible que dure medio siglo—todo se irá andando. Poco á poco se irá la gente convenciendo de la instauración de un régimen de verdadera economía, cuanto de la cantidad de soldados, cañones y granadas y del talento y valor de los jefes y los subordinados.

Y al paso que la gente se vaya convenciendo se irá transformando de tal modo la economía de los pueblos beligerantes, que no será extraño que á la vuelta de una década Europa toda entera vuelva á ser una nueva España: ascética y guerrera.

RAMIRO DE MAEZTU  
 Londres, Marzo 1916.



**PALABRAS VIEJAS**

Son palabras antiguas. Son palabras antiguas... ¡Nada más!... ¡Ponedle cada uno vuestra música y la vieja canción despertará!

Palabras dichas junto al clave de las románticas abuelas, á la luz trémula y suave de las pesadas arandelas,

mientras las áureas cornucopias, —sueños de tiempos más felices—, copian figuras que son propias de nuestros clásicos tapices...

Chupas bordadas y pellicos, pomposos y floridos trajes, entre revuelos de abanicos y un crujir trémulo de encajes...

CUADRO DE JUAN BRULL

Son palabras antiguas. Son palabras antiguas... ¡Nada más!... ¡Ponedle cada uno vuestra música y la vieja canción despertará!

Palabras dichas al oído, miel de galantes madrigales, en el silencio florecido de los Jardines señoriales,

mientras pastoras y pastores, lanzan un lento minué, sobre un tapiz de frescas flores, bajo los olmos de Boucher.

Son palabras antiguas. Son palabras antiguas... ¡Nada más!... ¡Ponedle cada uno vuestra música y la vieja canción despertará!

FRANCISCO VILLAESPESA





TRIUNFO DE LA EUCARISTÍA SOBRE LA HEREJÍA

CHARLAS DEL MUSEO

# LAS ALEGORÍAS DE RUBENS

TODA la opulenta pompa, la magnificencia decorativa, los poderosos y profundos efectos de los tonos áureos, rojos y azules, la rica armonía de arcos, carros de triunfo y simbólicas figuras que habrían de tener aquellos proyectos hechos por Rubens el año 1635, la encontramos prometida en estos cuadros alegóricos hechos en 1627.

Y siempre para príncipes españoles. Fueron los de 1635 encargados por la Villa de Amberes para celebrar la entrada, el 17 de Abril del mismo año, del nuevo gobernador, el cardenal-infante Don Fernando, hermano del rey de España. Si la entrada de Carlos I tuvo por comentarista á Alberto Dürero, esta del hermano de Felipe IV debe el ser recordada á los proyectos

de construcciones triunfales que firmara Rubens.

En la obra *Pompa introitus Ferdinandi Hisp. infantis in urbem Antverpiam* (1841), un discípulo del maestro, Teodoro Van Thulden, reunió los grabados al agua fuerte de todos estos cartones y en la Galería Imperial de San Petersburgo y en el Museo de Amberes se conservan seis y cuatro respectivamente de los bocetos originales.

Fueron los otros anteriores pintados en 1627 por encargo de la infanta gobernadora de los Países Bajos, Doña Isabel Clara Eugenia, para que sirviera de modelo de unos tapices con destino al convento de las Descalzas Reales de Madrid:

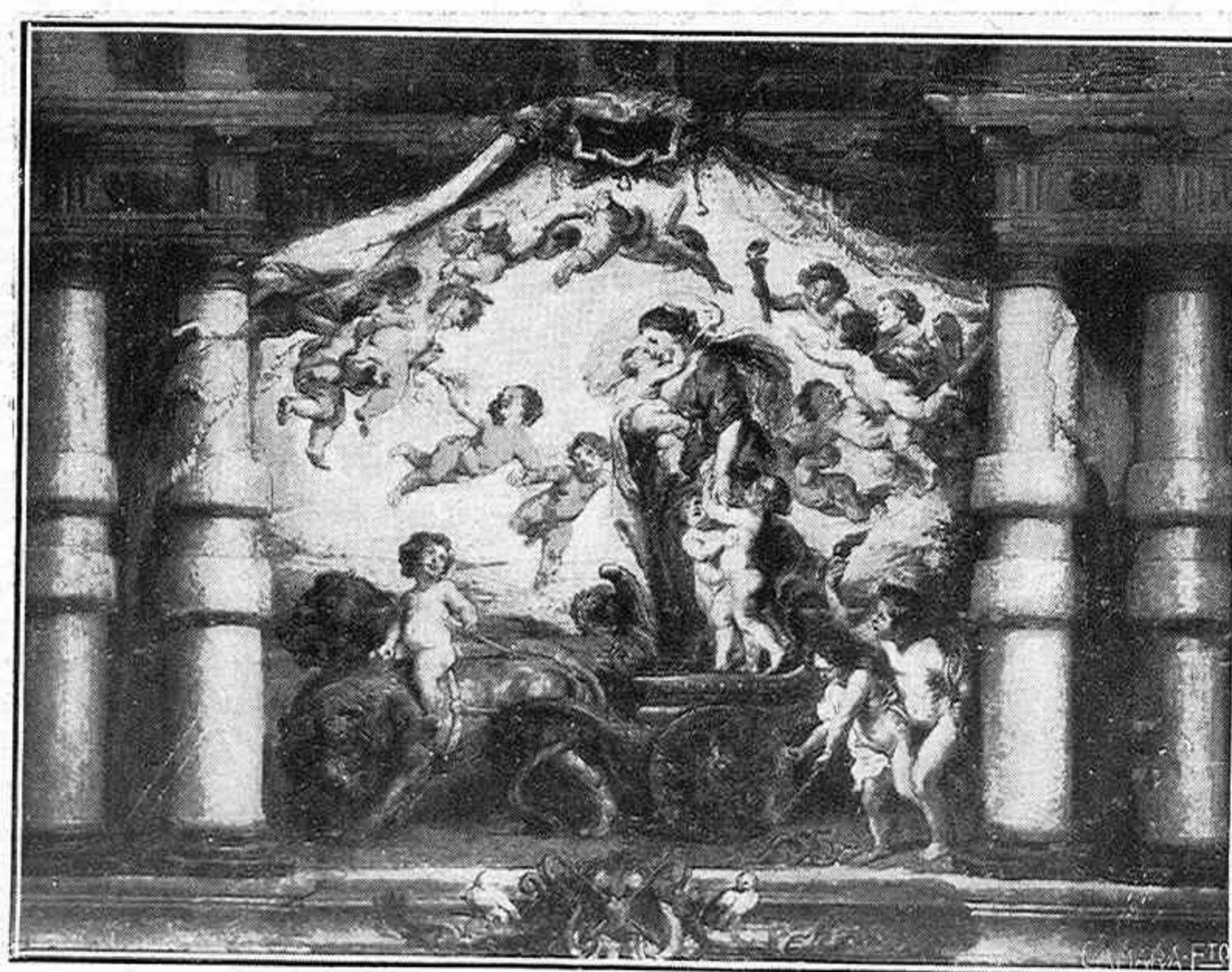
Fueron tejidos los tapices por Juan Raes y pagáronse por ellos 100.000 florines (30.000 pagó la infanta por los modelos) y se enviaron á las Descalzas Reales el año 1830.

Seis de estos cuadros hizolos traer el rey Felipe IV á Madrid y los regaló al conde-duque de Olivares para decorar el convento de dominicos fundado en Loeches. Gran acopio de datos y detalles respecto de esta serie de tablas encuéntrase en la obra de Max Rooses, conservador del Museo Plantino de Amberes, titulada *L'Œuvre de P. P. Rubens*.

No se conservan en nuestro Museo las obras originales ni la totalidad de las réplicas hechas posteriormente; pero son las que poseemos de tal importancia y carácter representativo, que



LA PRESENTACIÓN DEL DIEZMO



EL TRIUNFO DE LA EUCARISTIA SOBRE LA FILOSOFÍA Y LA CIENCIA







TRIUNFO DE LA EUCARISTÍA SOBRE LA IDOLATRÍA

bien puede juzgarse por ellas hasta qué punto el gran maestro flamenco fué el más admirable artista decorador de su época. Tanto por la riqueza imaginativa como por la armonía de la composición y la eurythmia colorista.

Cuatro de estos cuadros refiérense á diversos aspectos simbólicos del triunfo de la Eucaristía.

Hay en el primero—*Triunfo del amor divino en el dogma de la Eucaristía*—aquella gracia espontánea de los infantiles cuerpos que tiene, por ejemplo, la maravillosa *Guirnalda de frutos*, que se conserva en la antigua Pinacoteca de Munich. Puede decirse de los ángeles que rodean á la matrona—símbolo de la Eucaristía—sentada en la carroza que arrastran dos leones, lo que el gran crítico de arte A. Philippi dice de aquellos de *La Guirnalda*: «¡Qué contraste con los solemnes cuadros de altar ó los dramáticos asuntos históricos que pintaba Rubens!»

Enmarcan ambos lados del cuadro doble número de columnas del estilo recargado, atormentado, de aquel arquitecto Francisco Borro-

mini que había de arrancarse la vida con sus propias manos y su propia espada.

En los otros tres cuadros vemos triunfar á la Eucaristía sobre la Ignorancia, sobre la Idolatría y sobre la Filosofía y la Ciencia, y tanto interés dramático tienen los grupos simbolizadores de las ideas vencidas como majestad, un poco teatral más que divina, la matrona que simboliza la Iglesia católica ó el ángel que con la hostia en la mano hace huir á los sacrificadores de las paganas teogonías.

Reproduce otro de los cuadros la presentación de Abraham á Melquisedech del diezmo del botín conseguido en el nocturno asalto de Palestina al campamento de Chodorlahomor, rey de Elam.

De este cuadro existe una copia en el seminario de Salamanca y el original pertenece á la colección Northbrook.

De dudosa autenticidad es, por último, el titulado *Los Cuatro Evangelistas*, con sus atributos respectivos, y que indudablemente es lo que

en la época de Rubens se llamaba «pieza de taller» ó de aquellas en que el maestro ni siquiera ponía la mano.

En cambio el magnífico cuadro *Alegoría de la Iglesia militante*, que reproduciremos en el próximo número, en color, sí creo, con Lafenestre y Richtenberger, que aun siendo copia del original conservado en la Iglesia de las Religiosas Agustinas de Amberes, hizo Rubens con el mismo amor que el boceto existente en el *Kaiser Friedrich Museum* de Berlín.

Ofrece, además, esta espléndida y pomposa obra, el interés de que el autor se retratara en el personaje que representa á San Jorge, colocado en la parte inferior del cuadro.

Si recordamos que también en el cuadro del *Jardín del Amor* se retratara Rubens, no será difícil comprender su deseo de que se le considerase como un pintor religioso y como un pintor pagano, en posible y admirable fusión de las dos tendencias...

José FRANCÉS



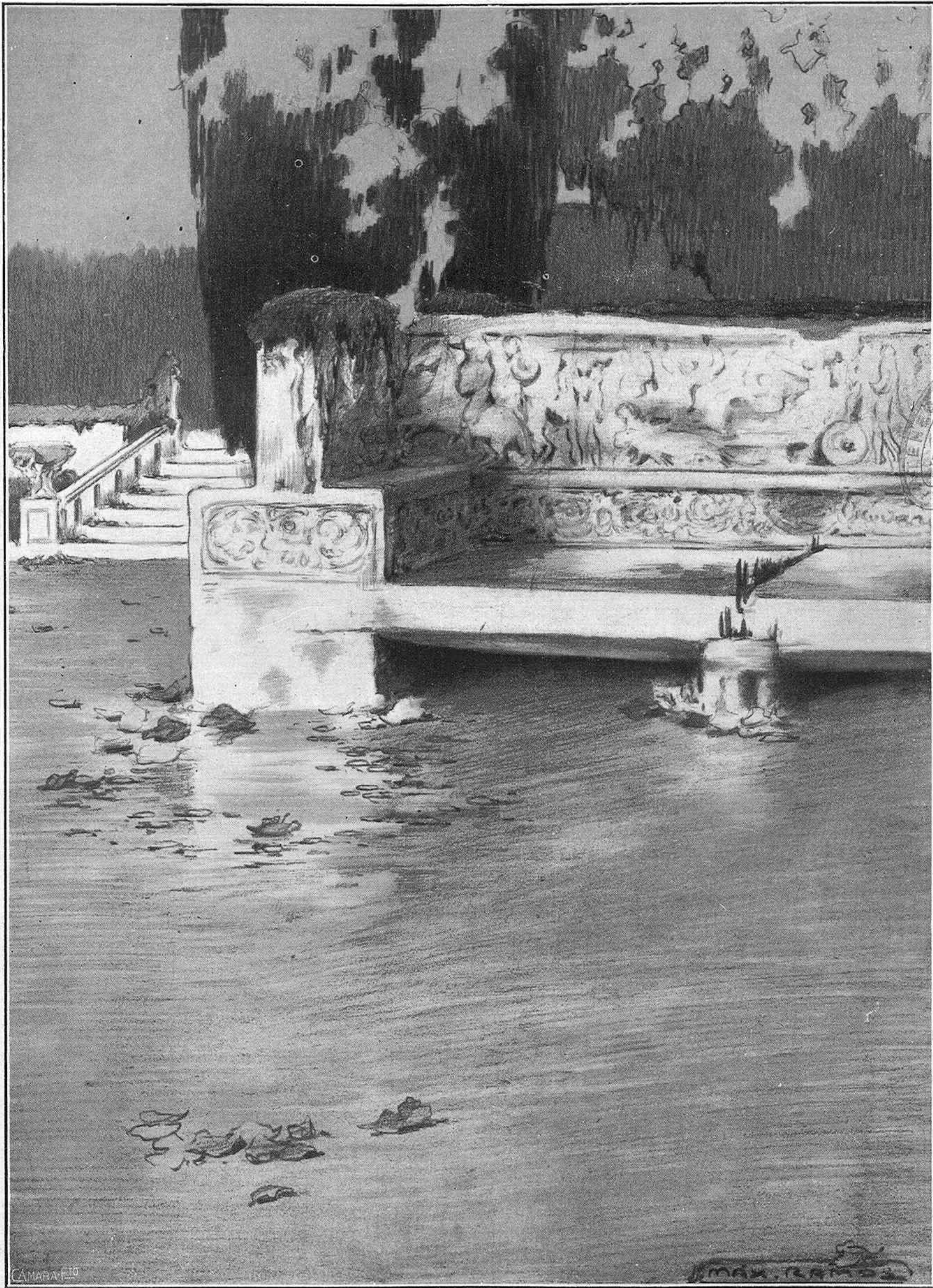
EL AMOR DIVINO TRIUNFANDO EN LA EUCARISTÍA



LOS CUATRO EVANGELISTAS, CON SUS ATRIBUTOS RESPECTIVOS



# VIEJO JARDIN



Jardín de otoño. Oro viejo,  
pinceladas de ocre y siena  
y el cielo sobre el espejo  
de un charco que hay en la arena.

Oro y carmín en el cielo.  
Términos de alegres muecas  
y entre las frondas, un vuelo  
de pájaros y hojas secas.

Viejo jardín que te mueres  
bajo las tardes gloriosas

mientras sueñan las mujeres  
y se deshojan las rosas...

Mientras el viento en las ramas  
salmodia su letanía  
y funde sus rojas gamas  
el sol en la lejanía

Y el loco amor entre bromas  
trenza sus hilos sutiles  
y vuelan como palomas  
los romances infantiles.

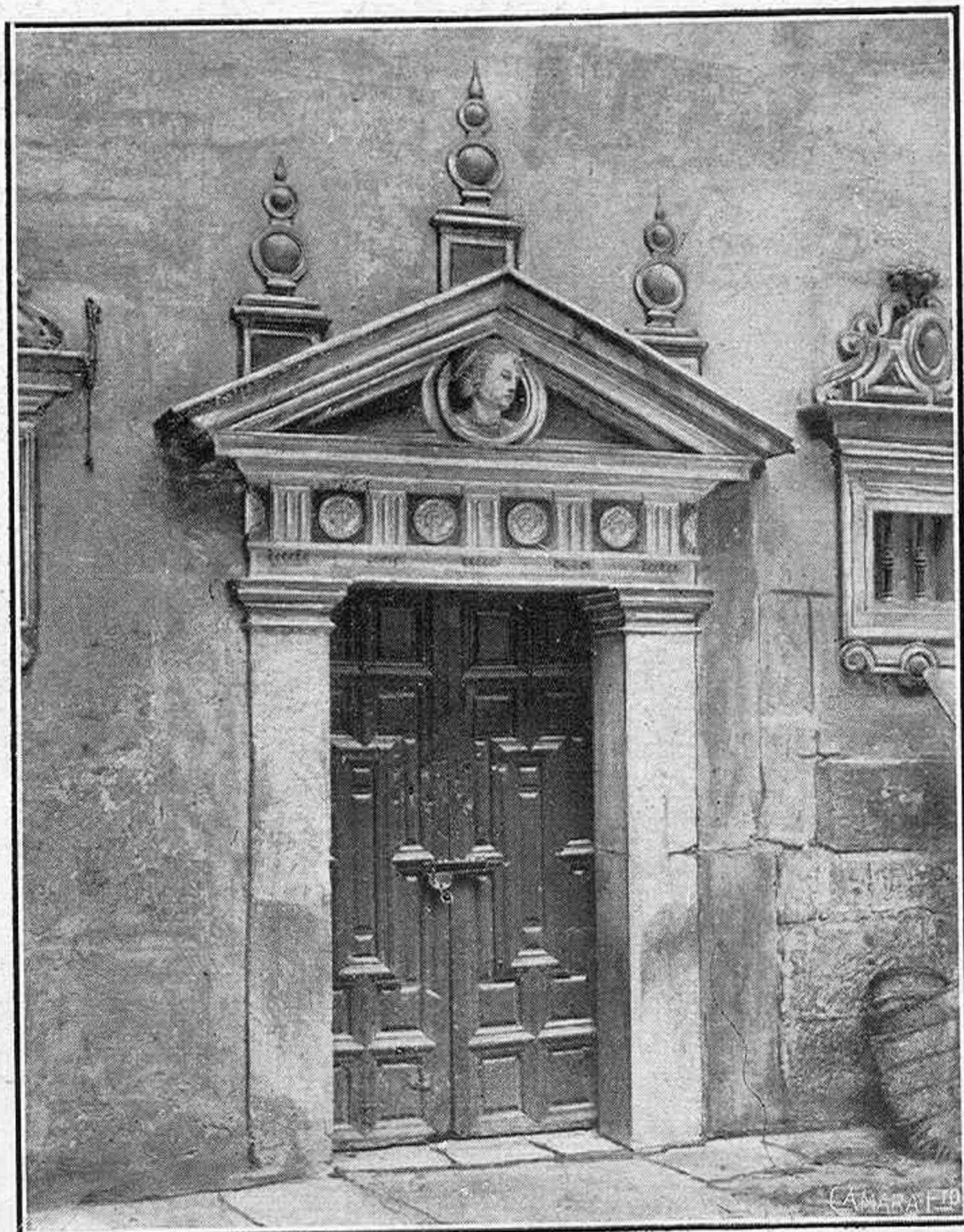
Cruzando tus cipresales  
viejo parque, yo he sentido  
congojas sentimentales  
por las novias que se han ido...

Dulce congoja de amor  
ingenuo y adolescente  
que dió á mis labios la flor  
y dió la espina á mi frente..  
¡Dulce congoja de amor!

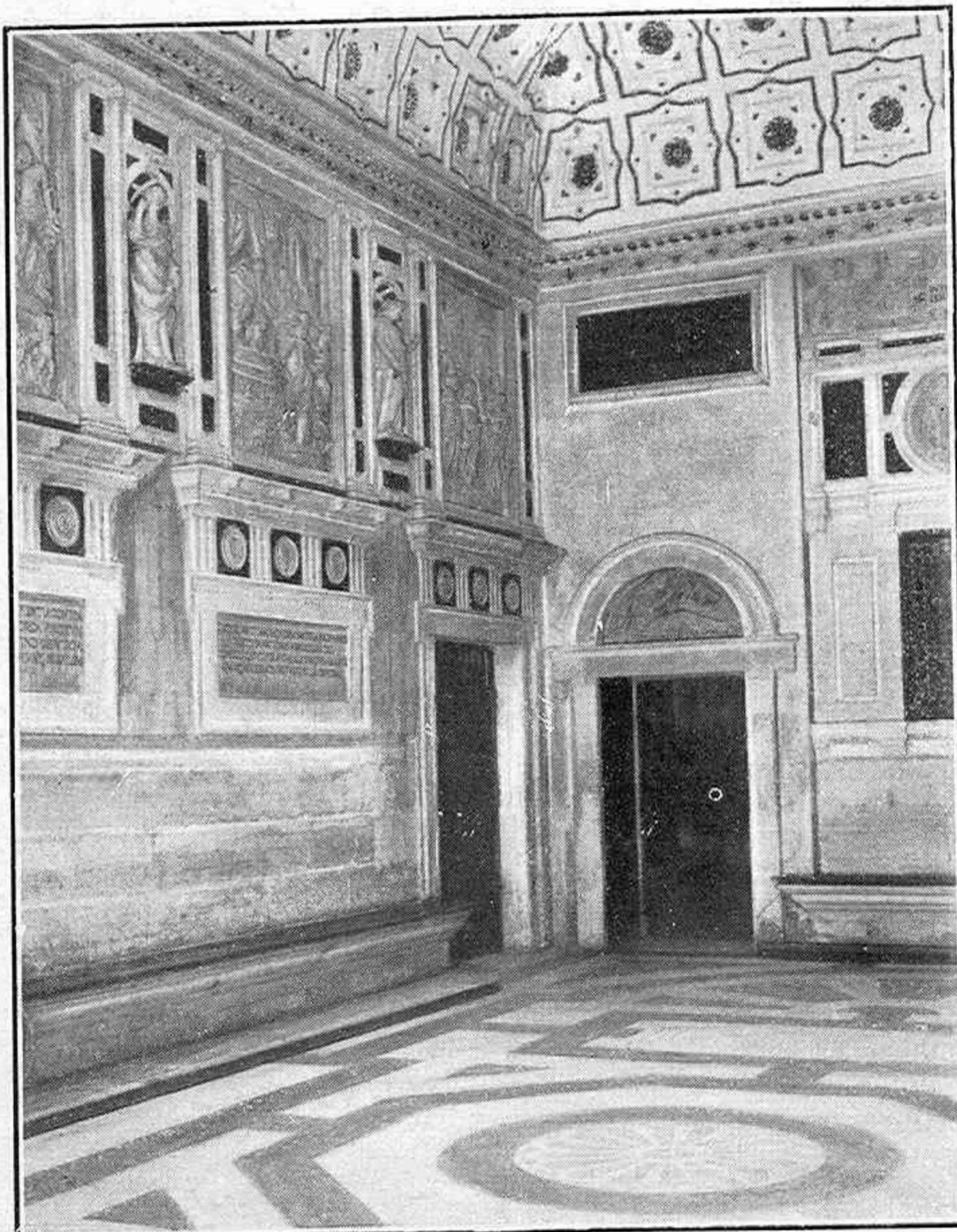
F. MARTÍNEZ CORBALÁN  
DIBUJO DE MÁXIMO RAMOS



# LA CATEDRAL DE SEVILLA ANTESALA CAPITULAR



Una de las puertas de la Sala Capitular



Detalle del interior de la Sala Capitular

EN la grandiosa catedral de Sevilla no solamente es admirable la obra de arquitectura que sobre las ruinas del palacio de los almohades, que fué residencia de los soberanos moros, levantara la piedad de aquel pueblo en el año 1402, y lo que de la obra erigida por los artistas de Jusuf y Jakub respetóse al comenzar la cristiana edificación, como la esbelta torre mauritana que es actualmente asombro de cuantos la contemplan y ha dado celebridad universal á la ciudad que la cuenta entre sus monumentos y el hermoso patio de los Naranjos, que daba acceso á la gran mezquita.

Aparte de los tesoros artísticos que encierra aquel grandioso templo,

de sus bellezas arquitectónicas, de sus magníficos retablos, de sus pinturas valiosísimas, de los prodigios escultóricos con que el arte de varios siglos ha ido avalorándolo, existen otros departamentos que por no ser asequibles al visitante permanecen casi ignorados, no obstante ser de un excepcional interés para cuantos admiran la belleza que se debe al ingenio humano.

Entre estos merece sin duda especial mención la Sala Capitular, su antecámara y las Sacristías Mayor y Menor.

Comenzó la construcción de estas dependencias cien o treinta años después de haber dado comienzo las obras de la Catedral, cuando Carlos I.



Estatuas de mármol representando las Virtudes, que decoran la Sala Capitular





Relieves, en mármol, representando pasajes bíblicos del Antiguo Testamento

elegido emperador de Alemania, recibió la corona de rey de romanos en Bolonia y su hijo el infante Don Felipe había sido jurado príncipe. El gran arquitecto D. Diego de Riaño proyectó simultáneamente la Sala Capitular, de gusto greco romano, la Sacristía Mayor, de estilo plateresco, y la Sacristía Menor, del orden gótico bastardo.

Aunque algunos autores han atribuido estas obras a Hernán Ruíz, puede afirmarse de un modo categórico que se deben al citado Diego de Riaño, como hace constar Cean Bermúdez, cuyas noticias documentadas en el Archivo de la Catedral no consienten la menor duda.

Entrase en la Sala Capitular por la capilla de la Purificación, ofreciéndose en primer término una pequeña pieza sobre cuyas puertas véanse unas medallas que representan á David y á Salomón, al Salvador y á la Virgen. Da una de estas puertas acceso á una más amplia estancia magníficamente decorada, que es la Antecámara de la Sala del Cabildo, más generalmente conocida por Antesala Capitular.

Las paredes de esta Sala están

decoradas con hermosas obras de escultura labradas en mármol y situadas entre pilastras jónicas. La bóveda está adornada igualmente con fajas y molduras. En los frontispicios de las cuatro puertas que se abren en la sala, ofréncense las figuras de los cuatro Evangelistas en actitud de escribir. Además de los bellos grupos de las paredes, inspirados en asuntos de las Sagradas Escrituras, véñese dos medallas redondas en los testeros y entre los bajorrelieves bellas figuras que representan las virtudes.

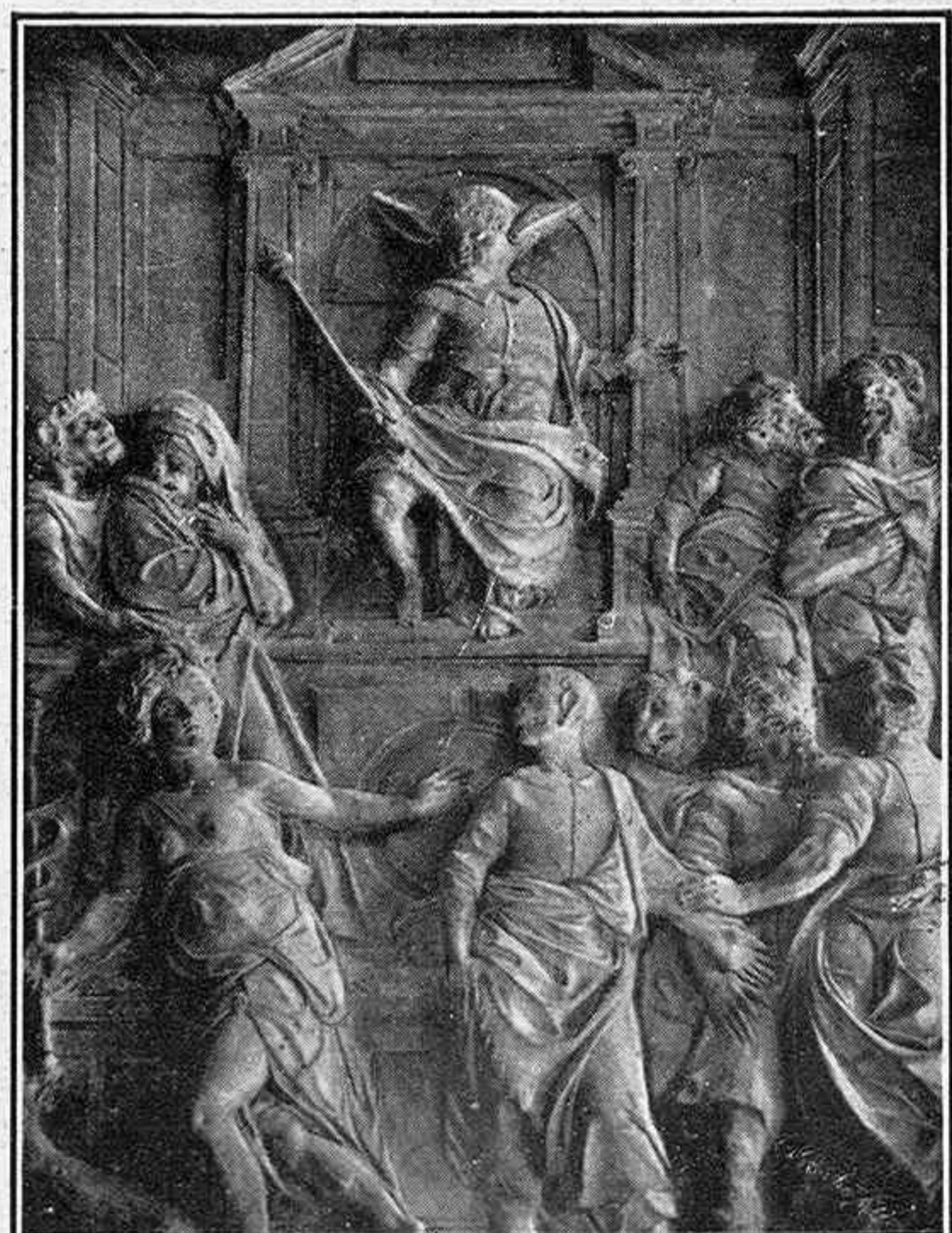
No se conoce el nombre del escultor á quien se deben estos grupos; únicamente se sabe que fueron encargados á Génova por el Cabildo. Debajo de las esculturas existen unas inscripciones en verso, compuestas por el canónigo don Francisco Pacheco.

Desde esta suntuosa antecámara pásase á la Sala del Cabildo, de gran magnificencia. Pero como de ésta hemos de ocuparnos especialmente, omitimos su descripción ya que el breve espacio de que podemos disponer hoy no nos permite ser más extensos.

JUAN BALAGUER



Uno de los medios puntos de las cuatro puertas de la Sala



Relieves, en mármol, representando pasajes bíblicos del Antiguo Testamento

FOTS. PÉREZ ROMERO



## EL NUEVO CURIOSO IMPERTINENTE



El marqués de Palmerales tendió la mano á lord Wesley, y, como remate de la conversación sostenida, con sonrisa ligeramente irónica, le dijo:

—Lamento que nuestro país le haya producido una decepción, por lo menos, en cuanto á lo pintoresco.

—¡Oh!—contestó el lord.—Esa decepción ha sido más bien vergonzosa para mí... El turista es un ser especial. Busca siempre novedades, fantasías, á menudo es indiscreto. Yo espero que ustedes me excusarán.

—No hay motivo. Es natural su desencanto.

Y el aristócrata español inició, para despedirse, una inclinación tan impecable como la correspondiente del noble británico, pero se irguió algo brusco, brillaron sus ojos negros, acentuóse su palidez habitual y preguntó vehemente, con el impulso de una repentina resolución:

—¿Quiere usted ver algo de eso que llaman pintoresco y que no es sino lo íntimo de la raza? ¿Algo verdad, sin artificio alguno?

—Sería mi mayor placer—se apresuró á contestar lord Wesley.

Tardó unos segundos en asentir el marqués, diríase que vacilaba ahora, pero al fin dijo:

—Muy bien. Mañana me hará usted el favor de aceptar una copa de champagne en mi casa. Le espero á las doce de la noche.—Y dirigiéndose á Manolo Garcés y Joaquín Medina, allí presentes, en aquel gabinete del círculo, añadió:

—Vosotros tendréis la bondad de acompañar á lord Wesley.

—Es muy interesante este querido marqués—declaró el lord cuando aquél hubo salido.

—Es algo raro—dijo Medina.—Por cierto que gracias á usted, vamos quizá á penetrar en el misterio que, desde hace tiempo, nos tiene intriguados á todos los amigos de Palmerales.

—¡Ah!—se limitó á expresar Wesley.

—Sí—continuó Medina.—Desde hará cosa de un año, en que nuestro amigo volvió á Madrid, despues de una estancia en sus fincas de Córdoba, según nos dijo, el palacio de Palmerales, tan hospitalario un tiempo, en el que menudeaban las fiestas de hombres solos... con mujeres solas—ya me entiende usted, querido lord Wesley—no ha vuelto á recibir á ningún invitado.

Parece, en fin, que el misterio tiene nombre de mujer, de una mujer sola, no de aquellas, ó por lo menos reservada esta rigurosamente por su señor y dueño. Hasta hay quien pretende que se trata de una incógnita pero legítima marquesa de Palmerales, víctima de un caso otelesco.

—Muy curioso—insinuó el lord sonriendo discretamente.

—Pero muy absurda esa última especie—dijo Garcés que había oído impaciente la charla de Medina, el cual replicó:

—De todos modos supongo que mañana lo sabremos. Lo que no entiendo es lo que va á poder organizar en veinticuatro horas y sin elementos que yo sepa...

—¡Magnífico parque! ¡Oh yes, very splendid!—exclamó lord Wesley, como entendido perito, al contemplar desde el automovil las alamedas y boscajes, profusamente iluminados, de la finca de Palmerales.

Y su refinado peritaje quedó igualmente satisfecho del aspecto de los criados, de la escalinata y del vestíbulo, en cuyo umbral aguardaba el dueño de la suntuosa morada.

El marqués condujo á sus huéspedes á un saloncito en donde ya estaba preparado un selecto refrigerio. A los pocos momentos entró una mujer, una dama elegantemente ataviada, en perfecta consonancia con el lujo y buen gusto de la señorial mansión. Iba á conocerse el misterio, así lo pensó Medina, pero el marqués, como ante un hecho corriente, presentó:

—Lord Wesley, los señores Garcés y Medina, mis distinguidos y excelentes amigos...

No reveló sin embargo ni el nombre ni la calidad de la dama, ante la que se inclinaron ellos cortesmente, siendo correspondidos con otra inclinación, correcta, pero perceptiblemente tímida.

Discretamente Wesley y Garcés, con expresión algo seria el último, menos recatado Medina, examinaban á aquella mujer que se dirigió á la mesa para cumplir sin duda con los deberes de un ama de casa.

Parecía bastante joven, pero como tipo—así lo hubiese aventurado cualquiera entonces,—era más bien vulgar. Era delgada, de líneas un

tanto largas, de estatura mediana y las facciones de su rostro, quizá algo basto y pronunciadamente moreno, no ofrecían particularidad alguna. No obstante fuera difícil apreciar ni el dibujo de su boca ni la expresión de sus ojos, por una marcada contracción de los labios, de la que tampoco se supiese si era hábito ó accidente, y el natural ó deliberado entornamiento de los párpados.

Observábase también en ella cierta emoción ó cortedad; sus manos acusaron un ligero temblor al servir á los invitados, y á las amables frases de estos contestó con palabras breves.

Palmerales, en cambio, se mostraba francamente expansivo. Pero nadie aludía al verdadero objeto de la reunión. Y así transcurrió un tiempo.

De pronto el marqués consultó su reloj, se puso en pié y dijo:

—Cuando ustedes gusten, señores. La luna acude ya á la cita.

Y se echó á reír con sonoridades guturales, y rieron sus invitados, sin saber bien porqué, pero Garcés creyó percibir entonces un ademán como suplicante en la mujer aquella, la cual, ante una mirada de Palmerales, salió de la habitación sin decir nada.

Salieron seguidamente los demás, sin pedir explicaciones. Guíoles el marqués por el parque, cuyas sombras rechazaba la luz eléctrica, hasta llegar á un paraje abierto, vergel delicioso, iluminado solamente este por la plenitud de rutilante luna que, desde lo alto de un cielo transparente, derramaba pródiga lluvia de nácar con refulgencias de oro. Multitud de flores, bien despiertas en la radiante noche, exhalaban sus más insinuantes suspiros aromados.

Palmerales brindó asientos á sus amigos frente á un tablado que se alzaba sobre platabandas de jacintos, heliotropos y geránios. Era como un escenario, sin telón ni cortinones, pero cuya embocadura limitaban dos magnolios, cuyos bastidores, foro y bambalinas eran rosales trepadores, trenzados de madreselvas y guirnaldas de jazmines, y á cuya batería de bombillas reemplazaba el rojeor de doble fila de claveles.

—¡Oh, qué original! ¡Oh, qué bello! ¡Oh, marqués, permítame que le felicite entusiastamente!—exclamó Lord Wesley.



—Estupendo, chico; pero esto no es improvisado. Esto es un santuario, en el que seguramente no es esta la primera vez que oficias, y en donde tu...—empezó á decir Medina con dudosa retórica y discreción; pero un rasgueo de guitarra, que vibró cercana, aunque invisible, le cortó la arenga. Lord Wesley estudió también y se puso á atisbar desorientado; Garcés fijó una mirada inquisitiva en el original escenario, cuyo tablado permanecía aún desierto.

Pero no lo estuvo ya mucho tiempo. De entre los bastidores floridos, y como encarnación humana de variadas y polí cromas flores, surgió y avanzó una figura femenina, envuelta y ceñida por mantón vistoso, calzada con zapatos bajos, de rebrillantes hebillas y tocada con mantilla nivea que contrastaba ruda pero nada ingratamente con la negrura del pelo; análogo contraste ofrecían la garganta y brazos ambarinos con los tonos fúlgidos del mantón.

No por ya haberlo sospechado, quien más, quien menos, fué menor la sorpresa de los invitados del marqués, porque aquella mujer pintoresca era la misma que, en traje de sociedad, acababa de hacerles los honores de la casa, tímida y cohibida.

Y en esto también era la misma, porque las vueltas, que medio andadas, medio bailadas, dió por el tablado, al compás de un popular pasodoble de la guitarra invisible, carecieron por completo de la donosura y desenfado inherentes á semejantes exhibiciones; y apenas alzó una vez los párpados, que continuaban bajos, ni sonrieron sus labios que persistían contraídos. Y desapareció en breve.

Wesley y Medina aplaudieron, con suma cortesía pero ninguna convicción, y el primero se sentía definitivamente decepcionado en sus andanzas tras lo pintoresco español. Garcés, ni por cumplimiento, hizo demostración alguna, pero miró á Palmerales, que sonreía ambiguo.

Y hubo un silencio ingrato, hasta que de nuevo vibraron las cuerdas de la guitarra y volvió á no estar solo el escenario.

¿Pero no era aquella otra mujer? ¿Era acaso la misma de antes—la de galas un tanto convencionales y embarazosas—la que ahora se presentaba con un vestido liso, de falda y cuerpo unidos, de tono crema y lunares rojos, vueloso y crujiente sobre los pies, ceñidísimo en las caderas, y con un pañolillo, todo él más rojo que los lunares, anudado al desgaire sobre el seno, del que descubría como una senda soleada que subía ensanchándose hasta la garganta? La cabeza de peinado alto y hueco, realzada por la

mantilla amplia, ¿era la misma que se veía esta vez destocada, reducida, colgante el moño y con engomados rizos sobre las sienes y la frente? ¿Era la teatral, pero encogida chula de antes, la legítima y desenvuelta gitana de ahora? ¿Era, en fin, aquella figura indiferente esta provocadora belleza? Porque desde que se sucedieron los nuevos rasgueos de la guitarra, desde que ésta, sin sujetarse ya á ningún imperativo armónico ni encadenamiento rítmico, parecía, más bien que instrumento músico, una voz humana, reveladora de un alma pasional y veleidosa, tan pronto desfalleciente como exultante, desde que

Las sensaciones y los sentimientos de los espectadores eran fuertes: los de Medina, de extrema y franca jocundia, se manifestaban en exclamaciones y palmoteos entusiastas, entremezclados con piropos jaleadores; lord Wesley permanecía erguido y mudo, pero sus ojos griseos miraban fijos, sin pestañear, ansiosamente; sus labios estaban secos y su mentón rasurado y prognático tenía un incesante tic nervioso. Garcés miraba á la mujer y adivinaba: indignada y resistente, en el primer momento, á los ruegos y mandatos, resignada y sometida luego al sacrificio, rebelada contra éste al iniciarlo,

estimulada fatalmente después por la música nunca olvidada y los recuerdos siempre latentes, enardecida al fin por la estruendosa admiración de Medina, el homenaje callado, pero más intenso y más perversamente halagador de lord Wesley, la misma severidad de Garcés, y, tal vez sobre todo, por el sufrimiento indudable del amado, se sintió de pronto la de otros tiempos, la festejada artista, la mujer codiciada, la hembra pasional y voluptuosa. Garcés se puso repentinamente en pie. Se levantó también Palmerales y le miró; enseguida, de un salto, estuvo en el tablado y gritó, rugió más bien:

—¡Basta!

Pero ella que, en aquel momento, en actitud incitante, sonreía á Wesley.

—¡Basta!— volvió á rugir Palmerales, y agarrando por una muñeca á la poseída del vértigo, la hizo caer brutalmente de rodillas.

Dió ella un grito de dolor y de despecho, pero, al punto,

clavando en él una inefable mirada de compasión y de ternura, murmuró:

—¡Pobre Paco!... Te lo dije... Yo no quería... ¡Mi vida!

Y á la palabra inmunda, al restallante insulto con que replicó él, contestó ella levantándose y echándole los brazos al cuello.

La escena era de inquietante asombro. Wesley y Medina se habían puesto en pie, y ya el primero iba á intervenir, pero Garcés subió rápido al tablado, secreteó dos palabras á Palmerales, se volvió hacia aquéllos y, dirigiéndose á lord Wesley, le dijo con acento que vibraba raro:

—Ya ha visto usted algo pintorescamente español y ejecutado con pasmoso realismo. Nuestro amigo y... su compañera merecen un aplauso.

Pero el lord, con los brazos caídos, temblorosas las manos, se limitó á esbozar una sonrisa de harto complicada significación.

Luis DE TERÁN

DIBUJOS DE VARELA DE SELJAS



las notas eran ayes y suspiros, y sollozos y risas, y besos y golpes, la dama, la chula y la gitana, habíanse fundido en una mujer cínica, infinitamente deseable, de sugestión fatal.

Ya sus párpados alzados no vedan el fulgor de unos ojos negros, hondos y rasgados, chispeantes unas veces, adormecidos otras y atraentes siempre; ya sus labios, no contraídos, se muestran gruesos, húmedos, purpúreos, y sonríen con sonrisas que antes fueron retos y ahora son desdenes y luego serán promesas. Ya su cuerpo, sin tímideces ni encogimientos, se cimbreaba, ondula, desfallece, se yergue; su seno palpita; sus pies, ó son alas de mariposas que voltean sobre el tablado, ó son golpeadores insistentes en un punto fijo, con golpes músicos tan traducibles al pentágono como los acordes de un instrumento; sus brazos suben y bajan, se extienden y se encogen, y sus dedos hacen que los crócalos subrayen y realcen todos los movimientos y variaciones. Y todo en ella es inspiración y sabiduría á un mismo tiempo.



LO QUE FUE  
**EL SERVICIO DE CORREOS**  
 (DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

**C**UANDO los agoreros dicen de nuestra bendita tierra española, que encierra males sin cura y padece pecados que no tienen redención, incurren en una gran injusticia, porque quienes aún no sufrimos las debilidades y trastrueques de la senectud, recordamos vicios, injusticias y perturbaciones completamente borrados por la acción progresiva del tiempo. ¡Vaya si cambia en sentido de mejorarse nuestro modo de ser! Ayer, como quien dice, ocurrían entre nosotros cosas que ahora juzgarán inverosímiles los menos asustadizos.

La madriguera donde encuentran acobijo ciertos malandrines, es la política, ¿verdad? Por lo menos así lo aseguran los sempiternos predicadores, que á cada minuto maldicen de cuantos mangonean en la vida pública, sin perjuicio de no dejarles con sosiego á fuerza de pedirles ganancias y beneficios. Pues en la política, en esa política tan maltratada por los hermanos de la orden de mendicantes perpetuos, se advierte una modificación radicalísima, transcendental y beneficiosa en usos y costumbres. Me acuerdo bien de que antes, el cambio de un Gobierno era el principio de la miseria para cuantos quedaban cesantes, á causa de caer *los suyos* y el comienzo de la felicidad para quienes, por ser amigos de los encumbrados, conseguían de ellos destinos y prebendas.

No importaba que se tratase de servicios delicadísimos, y por ello necesitados de que fuesen estables y entendidas las personas encargadas de satisfacerlos. Allá iban credenciales donde quería el prócer victorioso, y se repartían los puestos de las oficinas del Estado como los soldados triunfadores se reparten el botín de los vencidos.

En prueba de cuanto afirmo aduciré lo que ocurría con los empleados de Correos antes de que constituyeran como hoy un Cuerpo formal donde se entra por oposición y se asciende por turno riguroso de antigüedad. Entonces los destinos postales eran los más fácilmente entregados á la pasión política. Cierto día, allá por el año ochenta y tantos, apenas constituído uno de los ministerios de Cánovas, me encontré en

la escalera de Gobernación á un simpático personaje que terminó brillantemente la carrera entonces empezada.

—¿Dónde va usted tan contento?—le dije, al verle con el rostro animadísimo.

—Pues á enviar estas credenciales para mi distrito.

—¿Son muchas?

—Más de sesenta. Por de pronto, las de todos los Administradores de Correos correspondientes á las poblaciones de mi demarcación.

—Entonces, ¿las cartas?

—Las más han de llegar. Las de los otros ya se arreglará algo para que paren en las manos de los destinatarios.

Y era cierto lo que decía el entonces candidato y después Excelentísimo Señor de muchas campanillas.

Los Administradores de Correos cambiaban conforme al cuadrante de la política, y así se comprende que los progresos postales de los pueblos cultos no encarnasen nunca en nuestra Administración.

En 1883 se representó en Variedades una revista cómico-lírica, que obtuvo extraordinario aplauso.

En la tal revista, un pa-



D. TRINITARIO RUIZ CAPDEPÓN

leto representado por Rochel, cruzaba la escena con una carta certificada.

—¿Dónde va usted con ella?—le decían.

—A llevarla á su destino.

—Pues échela en el correo.

Y replicaba el palurdo entre grandes aplausos de los espectadores:

—¿Usted cree que soy tonto? Llega así mucho más pronto y con más seguridad.

En tiempos de mando liberal, en 1889, un ministro de la Gobernación obtuvo la firma regia para un Decreto, creando el Cuerpo de Correos. Fué el 12 de Marzo y desempeñando la Dirección general del ramo D. Angel Mansi, de perdurable memoria, por el hecho que cito y por varios otros, dignos de fervorosa loa.

El ministro que tal hizo fué D. Trinitario Ruiz de Capdepón, que gobernó varias veces y en todas fué respetado, querido y alabado, con lo cual no es necesario agregar que en él concurrían las dos condiciones que forman los caracteres útiles: clara inteligencia y sano corazón.

Desde que las credenciales de Correos no

eran armas electorales, fué trocándose el aspecto de nuestra vida postal que hoy, con pocos posibles pero con mucho entusiasmo, impone poco á poco en España, lo que ya están hartos de usar en todos los pueblos civilizados.

Así se explica que después de varias é importantes reformas, afronte el Correo la del Ahorro, inaugurando su Caja, que será nuevo progreso y testimonio vivo de lo que saben hacer los españoles, aun cuando se les escatimen los recursos, siempre que se les otorgue algún sosiego.

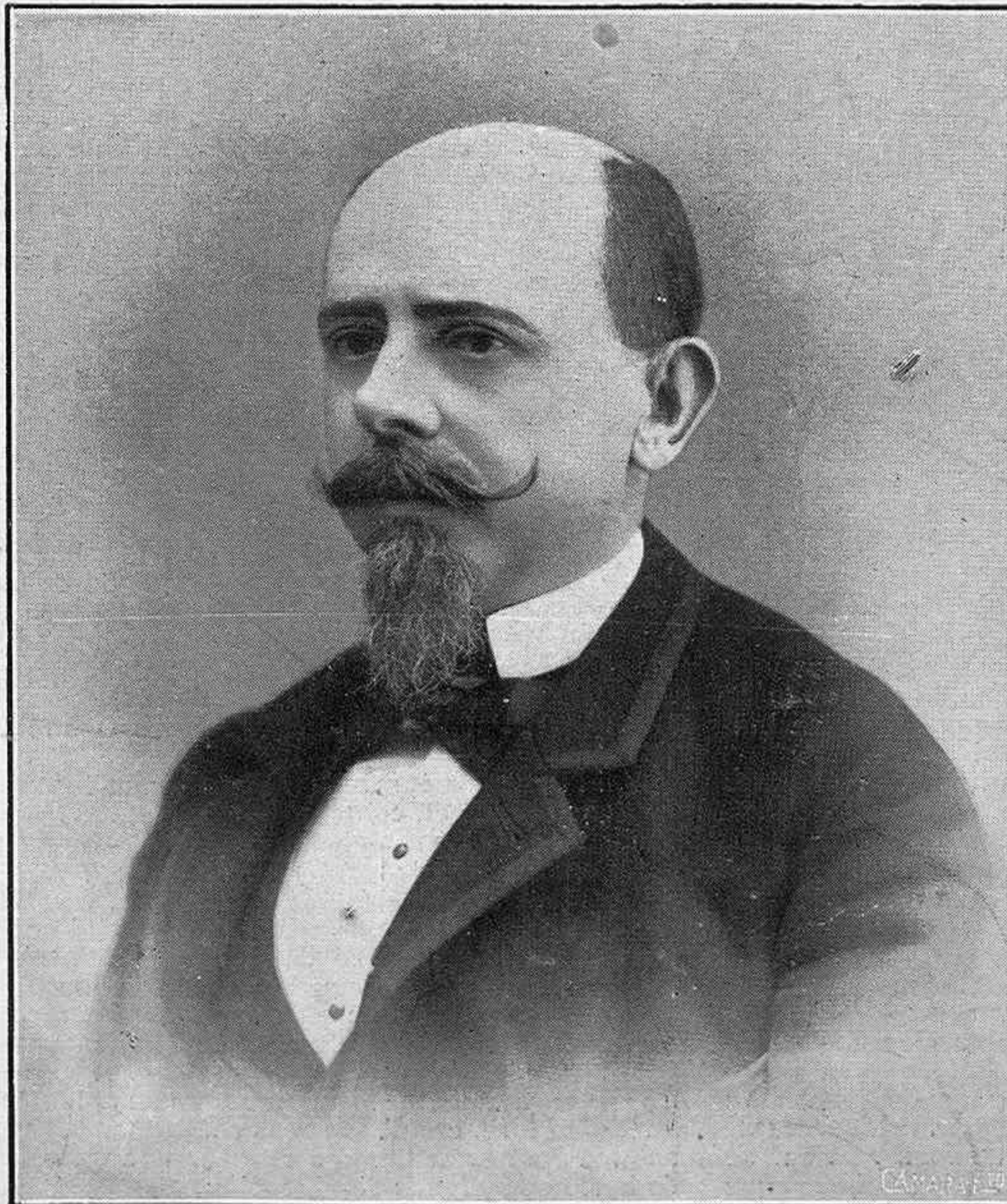
Se prueba, además, que no somos como nos pintan los Jeremías insoportables que en más de un caso se parecen al del satírico, pues no dejan de sorber mientras lloran. Tenemos la misma capacidad que quien mejor la goce, y si se me apura diré que superamos la de mayor nombradía, pero es preciso imitar lo bueno de fuera, ya que para copiar lo malo sentimos siempre deplorable diligencia. Tenemos ya buenos correos, pero cómo iban á ser, si convertíamos á los funcionarios en instrumentos esgrimidos por los políticos.

Así sucedía hace más de treinta años, cuando D. Francisco Romero Robledo era jefe de sus famosos húsares y se daba todas las noches chocolate en el Ministerio de la Gobernación, prolongando las tertulias hasta que apuntaba la aurora; cuando era Cánovas el monstruo (hoy se le llamaría fenómeno) y se reconcentraban en Sagasta las simpatías de todo el país democrático; cuando se iba á la platea de la Buschental para comentar con aplauso los trabajos revolucionarios de Ruiz Zorrilla y era joven Moret, una esperanza Silvela, y un mozalbete don José Canalejas.

Cuando aún sentíamos dentro del pecho el aleteo de las ilusiones, muchos que ya no reímos tanto como antaño, porque el trato con la realidad mata poco á poco el regocijo.

Por la transcripción,

J. FRANCO RÓDRIGUEZ



D. ANGEL MANSI

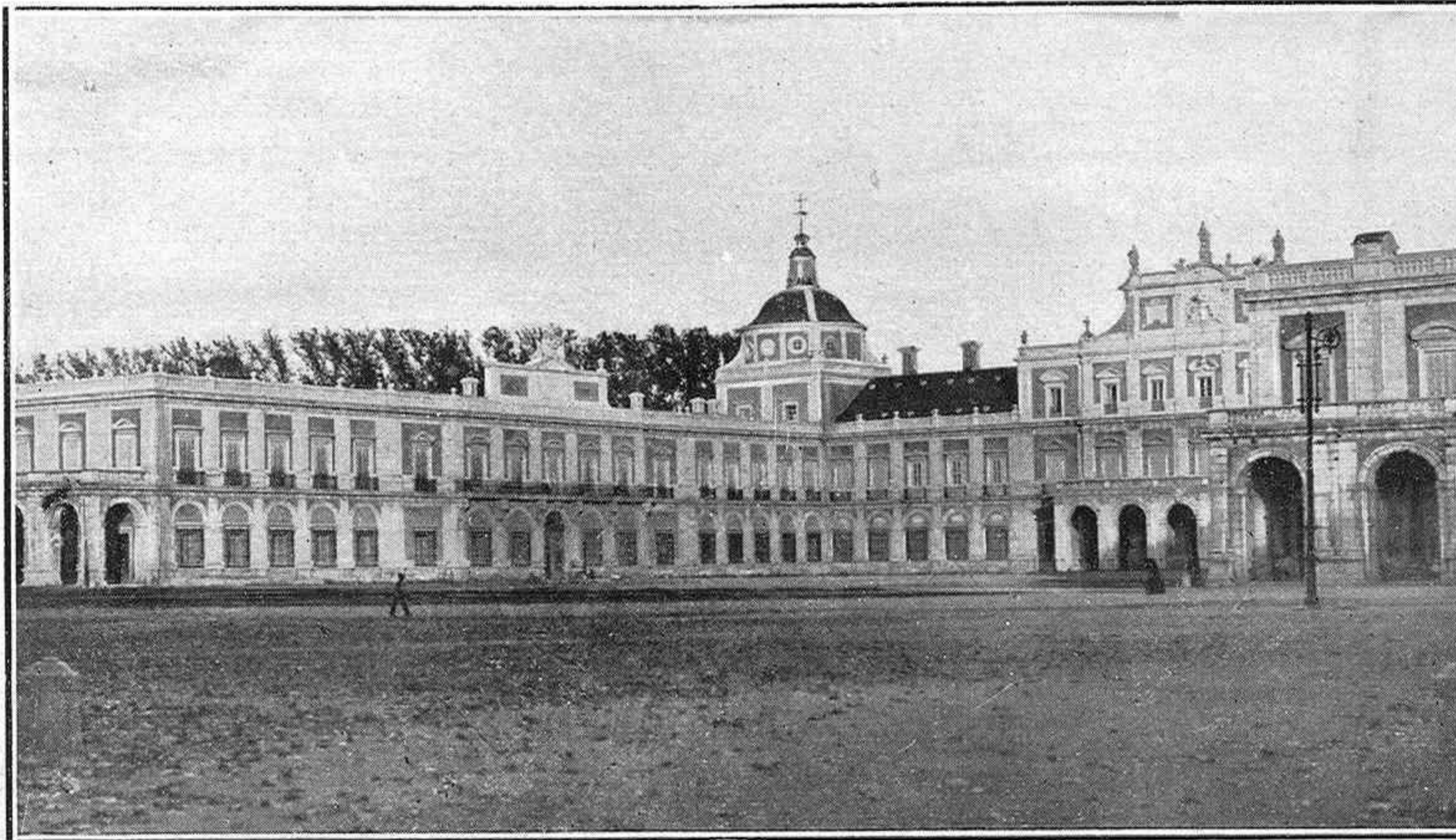




**Q**UIEN muy alto sube, más pronto tiene de caer y con más grave peligro de estrellarse que quien anda á ras del suelo. Este axioma ha-se cumplido en los más de los favoritos que escalaron los tronos de los reyes, pero acaso en ninguno levantó más polvareda la caída que cuando dió en la desgracia del pueblo el Príncipe de la Paz, aquel que fué él solo por tanto tiempo árbitro y señor de los destinos de España, y que con no menos que con Napoleón Bonaparte osó hombrar como diplomático y político.

La mansedumbre del Rey, la concupiscencia de la reina, y el egoísmo perverso del Príncipe de Asturias, antes que sus propias acciones, fueron las causas de su fracaso.

Fuera de esto, el señor Don Manuel, no era peor ni mejor que los más de los que tienen por oficio para medrar el que debía ser sagrado sacerdocio de la Política.



Vista de la fachada principal del Palacio Real, de Aranjuez

Aquel día, 17 de Marzo de 1808, habíase trasladado medio Madrid á los bellos jardines de Aranjuez. No parecía sino que adelantárase la hermana Primavera y quisiera celebrar antes de lo que ordinariamente tiene por costumbre, sus fiestas floridas en el real sitio.

¿Habríase borrado de los calendarios de la Corte la fiesta del Patriarca San José. Famoso prometía ser el día para tabernas y bodegones.

Corrieron hablillas de que por manejos de Godoy y de la Reina, trasladábase la corte á Andalucía, y ello no era sino para dejar más en libertad los planes de Napoleón, el cual no cesaba de meter tropas en España so pretexto de cruzar á Portugal.

Procuró el monarca apaciguar los exaltados ánimos con una proclama, desmintiendo aquellas especies y en principio logró su objeto, más luego propalóse que el Príncipe de Asturias dijo al oficial de guardias Don Manuel Francisco de Jauregui:

—«Esta noche será la marcha, pero yo no quiero ir».

Y la gente se arremolinó otra vez alrededor del Palacio, donde estuvo gritando hasta cosa de

las nueve, que todo volvió á quedar en silencio.

Sonaron las diez gravemente, y á toda prisa cruzó la explanada el coche de Godoy. Poco después sentábase á la mesa en compañía de su hermano Don Diego y el brigadier Truyols.

Breve y silenciosa fué la cena. Todos tres callaban como si todos tres presintieran el mal suceso que se prevenía. El cielo plomizo mostraba presagios de tormenta.

Dió Don Manuel las buenas noches y seguido por su ayuda de cámara retiróse á su aposento. Aun no había comenzado á desabotonarse la chupa, cuando vino á inquietarle un golpe seco.

—¿Oíste?—preguntó al fámulo.  
—Quizás una puerta que habrá sido cerrada de golpe—respondió aquel.

Sonó clara en el silencio la nota aguda de un clarín, enseguida un griterío ensordecedor pobló los ámbitos.

«¡Viva el Príncipe de Asturias! ¡Muera Godoy!»

El ánimo de Don Manuel que nunca parece que fué muy entero, derrumbóse, y no le quedó conciencia más que para tomar algún dinero, echarse un capote sobre los hombros y dar escaleras arriba camino de las guardillas.

El hálito jadeante de la muchedumbre, suena cada vez más cerca, busca las revueltas de la empinada escalera y deja un eco en cada rincón escondido.

Amo y mozo dan en un zaquizamí. Advirtiendo la proximidad del peligro, sálese fuera el lacayo y dando vuelta á la llave en la cerradura,

desparece luego como bien puede y Dios le dá á entender.

Cuando comenzó á ser día, hízose cargo el fugitivo, de que hallábase en el aposento de un mozo de mulas.

Era todo el mobiliario una cama, tres ó cuatro sillas, una mesa de pino con un cajón medio abierto, dentro del cual halló un poco de pan y algunas pasas.

En una alacena había un jarro con agua, que procuró administrar con sabia economía, por si aquella mala situación hacíase larga.

ooo

Todo el día siguiente continuó el saqueo, pero vióse claro que los levantiscos, (entre los que había gente tan bien acondicionada como un tío Pedro, al que algunos, sin darse cuenta, daban tratamiento de Excelencia), iban solo contra el favorito, pues á la mujer y á la hija trataron con toda cortesía, conduciéndolas al Palacio en coche arrastrado por ellos mismos.

Al cabo de treinta y seis horas, el hambre y la sed hicieron salir de su escondite al malventurado prócer y entregarse á aquellos mismos que poco antes habían sido sus custodios.

En cuanto el pueblo tuvo noticia de que había aparecido, acudió hambriento de venganzas y de insultos; fué menester acomodarle entre dos soldados de á caballo para conducirlo al cuartel de Guardias de Corps, y así y todo, no faltó mal nacido que se arriesgara á herirle, escurriéndose bajo los vientres de los caballos.

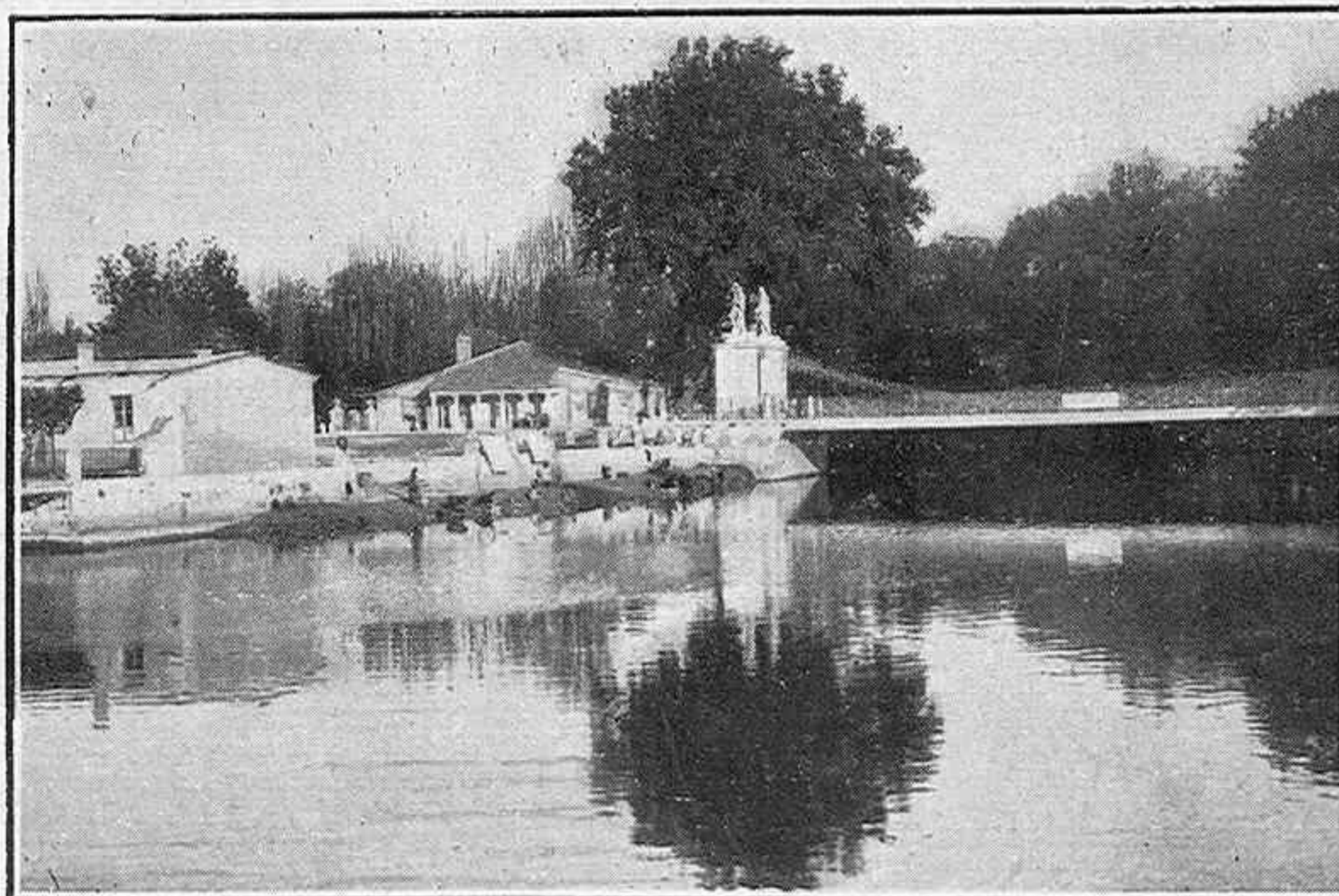
ooo

Esta fué la manera como cayó de su encumbramiento, el último favorito que á ciencia y paciencia de la nación tuvieron nuestros reyes.

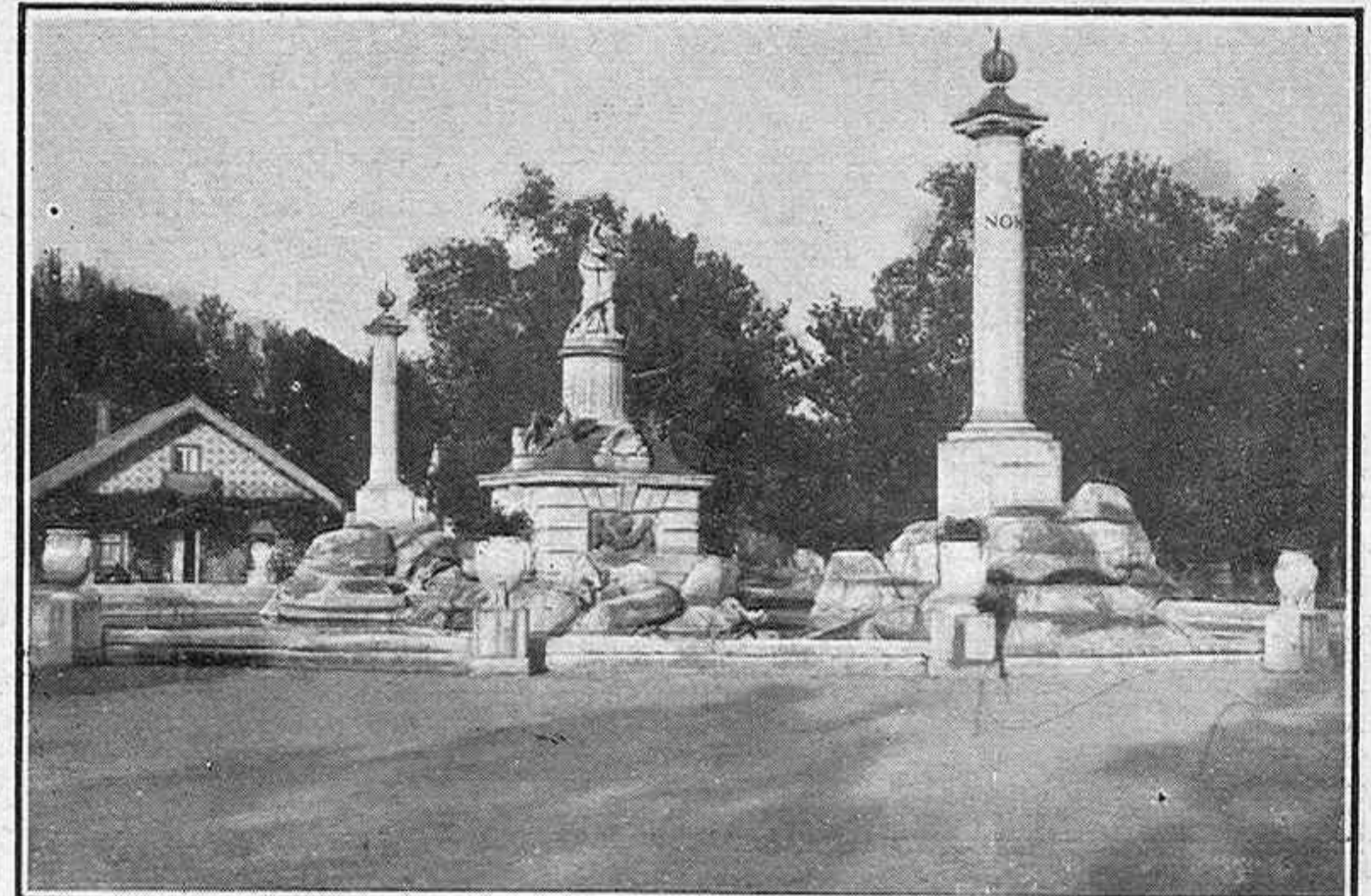
Sea al fin en la paz del Señor, que cuando cerca de cincuenta años más tarde, murió fuera de su patria, sin rangos ni fortuna, murió como hombre honrado y consagrando á España su último pensamiento.

¡Pobre Don Manuel Godoy!

DIEGO SAN JOSÉ



Puente de hierro sobre el Tajo, á su paso por Aranjuez



Una vista de los jardines del Palacio Real, de Aranjuez

PJTS. SALAZAR





Trágico momento de hundirse en el mar el trasatlántico "Príncipe de Asturias", de la Compañía Pinillos, momentos después de haber chocado con una roca, en las costas del Brasil, entre San Sebastião y Punta Boy. El naufragio ha ocasionado cerca de 500 víctimas, en su mayoría españoles.

Dibujo de R. Verdugo Landt





## PREOCUPACIONES DE NUESTRO REY LAS ESTEPAS DE ESPAÑA

ADVERTIMOS que por encima de los Gobiernos una preocupación vigila y sueña en el bienestar de España. Se nos vá revelando esta preocupación lentamente, sin plan y sin método atisbando las pocas ideas certeras que van surgiendo en la estepa mental española, para recogerlas y ampararlas. Pero como en el transcurrir del tiempo esta labor vá acumulando iniciativas y la vemos ya condensada en numerosas obras, todos los españoles han advertido que por encima de la herrumbrosa máquina burocrática, que los políticos no aciertan á vivificar con espíritu nuevo, está la preocupación del Rey. Y como tras la preocupación surge la iniciativa, y aun más allá vá el anhelo, un puritano demócrata que quedase en España tendría que clamar la esterilidad del formulismo constitucional frente á una serie de hechos y de realidades vivas que se llaman: «fomento del turismo, barriadas obreras, casas del Greco en Toledo y de Cervantes en Valladolid, repoblación de los Picos de Europa y otros montes», y aun adentrándose más en las intimidades de la vida nacional, muchas altas y grandes empresas que tienen sus capítulos en el Presupuesto y con las que se cumplió el trámite de que apareciesen ante el Parlamento con el marchamo de la iniciativa ministerial.

Nuestros convencimientos liberales vacilan un poco. Nos parece que hemos retrocedido en la Historia y que Carlos III está inquieto ante su mesa de trabajo, porque el Conde de Aranda y Campomanes y Pignatelli y Cabarrús no llegan con los estudios, los informes y las soluciones que su impaciente diligencia les encomendara. Y lo peor es que no llegarán. Carlos III, redivivo en el entusiasmo, en el propósito y en el anhelo, no puede elegir consejeros fuera de las banderas turnantes y unas tibias y disimuladas palabras dirigidas á los ingenieros pueden, en cambio, hacer estremecer toda la arquitectura del régimen.

Así, pues, he aquí nuestra sorpresa ante este hermoso libro titulado *Las estepas de España y su vegetación*, escrito por el catedrático de la Universidad Central D. Eduardo Reyes Prósper, y en cuya portada encontramos impresas estas palabras: «(ESTA OBRA SE PUBLICA Á EXPENSAS DE LA CASA REAL)». Mandar imprimir un libro por su cuenta y más que por su cuenta, por su libre juicio, era un rasgo que le faltaba á nuestro Rey y que ya se ha realizado. Y adviértase en el lujo severo y apropiado de la impresión y en la selección y abundancia de los grabados que el libro parece como puesto por un editor inteligente que conoce el arte de cautivar la curiosidad de los lectores. Yo no sé que cosa puede ser más fecunda en nuestro país, si el Rey agricultor ó el Rey editor; sembrador de pan ó sembrador de ideas...

En este caso, la Casa Real convertida en Casa editora, viene á ser una colaboradora de nuestros pesimismos, de nuestras desesperanzadas esperanzas, porque pocas pueden ponerse en estas labores de los sabios que no repercuten inmediatamente en las páginas eficaces de la *Gaceta*. Desde este libro, lanzado al estudio de la nación bajo el amparo del Monarca, hasta llegar á convertir sus observaciones en realidades tangibles, falta por recorrer todo el áspero y largo sendero de nuestras prácticas oficiales.

Porque he aquí que la iniciativa del Monarca dispuso que Reyes Prósper recorriese las estepas de España, que el químico D. Ramiro Suárez



DOCTOR D. EDUARDO REYES PRÓSPER  
Ilustre catedrático de la Universidad Central, autor del interesante libro "Las estepas de España", que se ha publicado á expensas de S. M. el Rey FOT. PADRÓ

rez analizase las tierras y las plantas que aquel fuese recogiendo y que el ingeniero agrónomo que dirige los cultivos del extenso patrimonio de la Corona D. Rafael Janini, experimentase las aplicaciones forrajeras de estas plantas esteparias. No intervienen en esta labor negociados ni secciones, ni direcciones, ni juntas, ni consejos, ni ministros. El Dr. E. Reyes Prósper recorre toda España, porque estepas incultas é infecundas las hay en todo nuestro territorio: en Cataluña, Aragón, Navarra, Castilla, León, la Mancha, Andalucía y Valencia, y al término de su peregrinación por las tierras áridas y desiertas, dice al Monarca acres palabras que el Monarca manda imprimir para que la Nación las conozca:

—Es un caso de punible y vergonzosa apatía nacional... Las estepas de España, arcillosas, cálcicas y salinas, se extienden por más de 7.200.000 hectáreas. Si las uniésemos todas, veríais dilatarse ante vuestros ojos una superficie igual á la de Andalucía. Imaginad qué tesoros de vida y de riqueza se esconden en esas tristes tierras sin arbolado, resquebrajadas por la sequía, sometidas á los daños de las extremas temperaturas, calcinadas por el sol inlemente, endurecidas por el hielo. Muchas de esas estepas fueron hace siglos bosques que el hombre taló: donde las lluvias normales se trocaron en torrenciales diluvios que arrancaron la capa de *humus*; donde la vegetación del suelo se fué extinguiendo; de donde al cabo, huyeron los habitantes surgiendo así los desiertos desolados... Y es un caso de apatía nacional punible y vergonzosa, porque esas estepas que fueron bosques pueden repoblarse y reconstituir la capa de tierra vegetal que les falta, volviendo á normalizarse las lluvias, á dulcificarse el clima, á producir frutos, á hacer posible la vida humana. Hace más de sesenta años que Rusia, la auto-

crática, la bárbara Rusia, viene gastando millones en hacer desaparecer de su suelo las regiones esteparias, mientras que en la libre y liberal y progresiva España, la estepa, no solo subsiste, sino que se ensancha con nuevos lugares de donde los labriegos emigran. Vemos toda esta tristeza de la vida nacional á través del libro de Reyes Prósper, libro de un sabio, en algunos capítulos lleno de términos científicos, de clasificaciones botánicas que exigen del lector para entenderlas, haber tenido una anterior relación con los estudios de Linneo. Contemplamos en muchas de aquellas páginas, no sólo la esteparia tierra improductiva, sino la miseria de los hermanos nuestros que viven en ella. Al cabo de los siglos, al final de tantas transformaciones sociales encontrais en Villacañas, en Tarancón, en Quero, en Vera, en Guadix, en muchos otros sitios, los trogloditas esteparios; los habitantes de cavernas horadadas en la falda de montañas y peñascales; los habitantes de madrigueras socavadas en el suelo... Jamás la vida mísera y mendiga pudo ofrecernos espectáculo más desconsolador que ese retroceso á los primarios arbitrios con que el hombre, semianimal aún, salvaje, inconsciente, instintivo, atiende á sus necesidades. Y se dá el caso asombroso de adaptación de la pobreza espiritual de estos trogloditas esteparios á la pobreza ruín de la estepa de tal modo, que en Villacañas, por ejemplo, donde un día el arroyo Amarguillo, que por insignificante, apenas figura en mapas y geografías, se trocó en furioso torrente y de torrente en des-

bordado mar que inundó toda la región quedando sin guaridas estos míseros trogloditas, cuando se edificaron casas y se las regalaron para que las habitasen, las vendieron y volvieron á cavar sus madrigueras apenas se secó la tierra. Se completa este cuadro desolador, sabiendo con el testimonio del Dr. E. Reyes Prósper, que hay en España regiones como los Monegros, donde muchos veranos cuesta más dinero adquirir un cántaro de agua que un cántaro de vino. En la parte de estepa, no cultivada, hace sin embargo la Naturaleza esfuerzos para producir y realiza milagros de fecundidad. Hay toda una flora esteparia tan múltiple que entre sus ejemplares se encuentran plantas forrajeras y medicinales, de aplicaciones industriales y suntuarias. Aun sin transformar la calidad de su suelo y las cualidades de su clima la explotación de la estepa sería posible cultivando plantas de más valor que el esparto, entregándola á la influencia fecundadora de la ganadería, preparando su evolución con la aclimatación de árboles.

Tal es el libro que ha editado la Casa Real; tal el cuadro que nos ofrece. No le precede ningún informe técnico de las Juntas y Consejos que hay en el Ministerio de Fomento. Iniciativa de un Rey que tiene la honda preocupación del bienestar de España; estudio de un sabio que ha recorrido kilómetro por kilómetro esa tierra doliente y maldecida; ¿cuánto tardareis en llegar á la *Gaceta*? Así nos parece que hemos retrocedido en la Historia, que hemos saltado ese inicuo siglo XIX, maldito para España, y que estamos viendo á Carlos III inquieto ante su mesa de trabajo, porque el Conde de Aranda y Campomanes y Pignatelli y Cabarrús no llegan con los estudios, los informes y las soluciones que su impaciente diligencia les encomendara...

DIONISIO PÉREZ





Todos los días el correo lleva á la casa de cada profesional de la literatura, un montón de libros y revistas. Nuestro hogar es como una playa, y cada cartero una especie de ola que deposita en ella lo que trae y en seguida se marcha, para volver más tarde con otra remesa, y después con otra...

Hora tras hora y sin desmayo ni tregua, aquella marea de papel impreso crece á nuestro alrededor: al principio estos volúmenes—la mayoría originales de autores desconocidos—van haciéndose contrapeados sobre nuestra mesa de trabajo en columnas uniformes, apretadas y paralelas. Cuando ya no caben allí, invaden el diván más próximo; y sucesivamente van extendiéndose á las sillas, amontonándose en los ángulos de la habitación, debajo de los sillones y de los veladores. Hasta que desbordándose, salen al pasillo: son como la hiedra, como las enfermedades de la piel, que crecen con el correr de la sangre. Llega al fin un momento en que esos volúmenes triviales, inútiles, cubiertos de polvo, nos molestan: su peso estropea los muebles, su hacinamiento presta á nuestro despacho apariencias de librería de lance, y en su fárrago, los autores preferidos, los más amados, se extravían.

Entonces, si bien con cierta pena—los libros, aunque sean malos, siempre se hacen querer—decidimos desahogarnos de ellos, y por no tirarlos á la calle, les buscamos un comprador.

Estos libreros «de viejo», son muy interesantes; entre ellos hay eruditos á lo Menéndez Pelayo y á lo Sainte-Beuve, teniendo sobre éstos la notable ventaja de saber qué autores se venden bien, y cuáles no se venden. Generalmente los artículos indispensables, es decir, los que atienden á remediar nuestras necesidades físicas—los sombreros, los zapatos, los trajes—sólo sirven á una persona; cuando más á dos. El libro, en cambio, realiza la existencia maravillosa del Ave Fénix, que apenas muere cuando de su propia muerte extrae las savias para una nueva vida: porque un libro no bien sale de la imprenta, se vende; y después vuelve á venderse una vez y otra y muchas, y en las manos de cada comprador parece alindarse y adquirir renovado interés y lozanía; que, al cabo, todo en ellos es espíritu, y el pensamiento, como la luz, toca sin mancharse las suciedades peores.

El librero que el cronista llamó para que le librara de tres ó cuatro centenares de volúmenes baldíos, es sordo. Para entenderse con él es necesario hablarle metiéndole los labios en un oído. Este defecto ha infundido á su rostro ágil y preocupadora vivacidad; tiene unos ojos zahorís, brillantes y burlones; unos ojos que parecen oír. Pasa ya de los cincuenta: es pequeño, macizo, y sus manos velludas y cortas saben apoderarse de los objetos de un modo particularísimo y elocuente; late en ellas un deseo, una ansia, un amor; diríase que, quien coge así los libros, no ha de poder separarse de ellos jamás. Mi interlocutor coge los libros y los palpa fuer-

tamente, como amasándolos entre sus dedos llenos de experiencia; en seguida los deja, los mira y transcurridos unos instantes, vuelve á tomarlos. Es como si los juzgase por su peso, ó si quisiera, al tacto, apreciar su calidad. Es el mismo gesto con que ciertos editores suelen recibir los manuscritos...

—Yo—exclama—cada dos ó tres meses voy á casa de Azorín, ó de Benavente, ó de Baroja... Ellos ya me tienen apartados los libros que no quieren. Yo les pregunto: «¿Cuánto?» Pero ellos nunca señalan precio: «Lo que tú quieras»—dicen—. Y yo... ¿está usted?... Pues doy lo que puedo.

Comprendo; mi colocutor trata de excitar mi generosidad alabando la de mis compañeros, y

á cada autor «el sordo» dedica una frase ó un alzamiento de hombros de cruel desprecio. «El sordo» odia, con odio rayano en el aborrecimiento personal, á los escritores que no se venden: son el descrédito de la profesión y la ruina de la industria libreril. El, no obstante, aunque entre protestas, con todos arramblos; hasta lo más nimio brinda á sus ojos atisbadores cierto interés.

—Todo se vende—murmura.

He aquí una afirmación que no admite excepciones. La necesidad de leer es algo terrible, porque el espíritu no puede estar ocioso: hay quien, desoyendo el sabio consejo «más vale estar solo que mal acompañado», compra un libro cualquiera, prefiriendo á la soledad un mal autor...

«El sordo» va tasando los volúmenes en alta voz: á éste lo estima en veinte céntimos, á otro en diez, á un tercero en cinco... ¡Ah, qué dirían muchos novelistas y poetas, si se oyesen tratar así!... Y, entretanto, entre cifra y cifra, qué reflexiones tan «sanchopancescas», las del viejo librero; y al par tan sagaces, tan graciosas, tan justas, acerca de las ilusiones y de las pretensiones, y del orgullo profesional, de cada autor.

El implacable «sordo» coge un libro, lo mira, sonríe, y su sonrisa es ácida como un epigrama.

—El autor de esta obra—dice—fué á mi puesto á ofrecerme «un resto de edición». Yo creo que la edición, salvo los ejemplares que hubiese regalado, está intacta. La obra debe venderse á dos pesetas; y el autor me ofrece cada ejemplar á dos reales. «No me conviene»—le contesto.—Y él: «A cuarenta céntimos». Y yo: «No». Y él: «Entonces, á real, y no hablemos más». Así, rebajando él y diciendo yo siempre «que no», llegó á ponerme los tomos

á diez céntimos. Para concluir: que se los compré «á dos tomos por una perra chica». Pues bien: puedo jurarle á usted que todavía no he vendido ni siquiera uno... Lo cual no impedirá que ese hombre, creyéndose explotado, hable mal de mí...

Es muy difícil que nosotros, «los productores» de libros, podamos formarnos idea de lo que vendemos ó del «mercado» exacto de nuestros compañeros: en el segundo caso suelen aconsejarnos erróneamente la simpatía ó desafecto que cada autor nos inspire; en el primero, es muy difícil—por no decir imposible—sustraerse á las insinuaciones halagadoras de la vanidad, y á las adulaciones del orgullo.

Para adquirir una opinión fiel de lo que nuestros libros producen, es indispensable allanarse á descender de riguroso incógnito á la covacha del librero de lance. Es allí, sólo allí, donde sabremos la dulce ó amarga verdad.

Y el cronista está cierto que, después de esa visita, más de un autor experimentará hacia sus editores, en vez del rencor que sintió hasta entonces, una melancolía y una compasión que serán casi..., casi... un remordimiento.



Un típico puesto de libros viejos, en la calle de San Bernardo

FOT. CABALLERO

luego ofrecerme por toda aquella montaña de papel un precio irrisorio. ¡Oh, no reñiremos! ¡Con tal que se la lleve!...

EL SORDO.—¿Tiene usted obras de Blasco Ibáñez?

Yo.—Que no me gusta hablar á gritos, hago un signo afirmativo.

EL SORDO.—(Insinuando una sonrisa de seducción. ¿Me las vende usted?)

Yo.—Silencioso, muevo un índice negativamente.

EL SORDO.—¿Y de Valle-Inclán, tiene usted algo?

Yo.—Afirmo.

EL SORDO.—Me quedo con todo.

Yo.—Ademán negativo.

EL SORDO.—(Doctoral). Hace usted mal; porque una novela, después de leída, no sirve para nada.

Esta opinión breve y cruda, no me ofende, ni siquiera me extraña. Para un librero «de lance», de cuya alma su propio oficio extirpó la devoción á la letra de molde, un libro sólo tiene importancia en el momento de venderse, de pasar de una mano á otra. Son para ellos los libros como los cohetes, que únicamente fulgen, cautivan y divierten, cuando están en el aire.

Comienza el interesante y cruel escrutinio, y

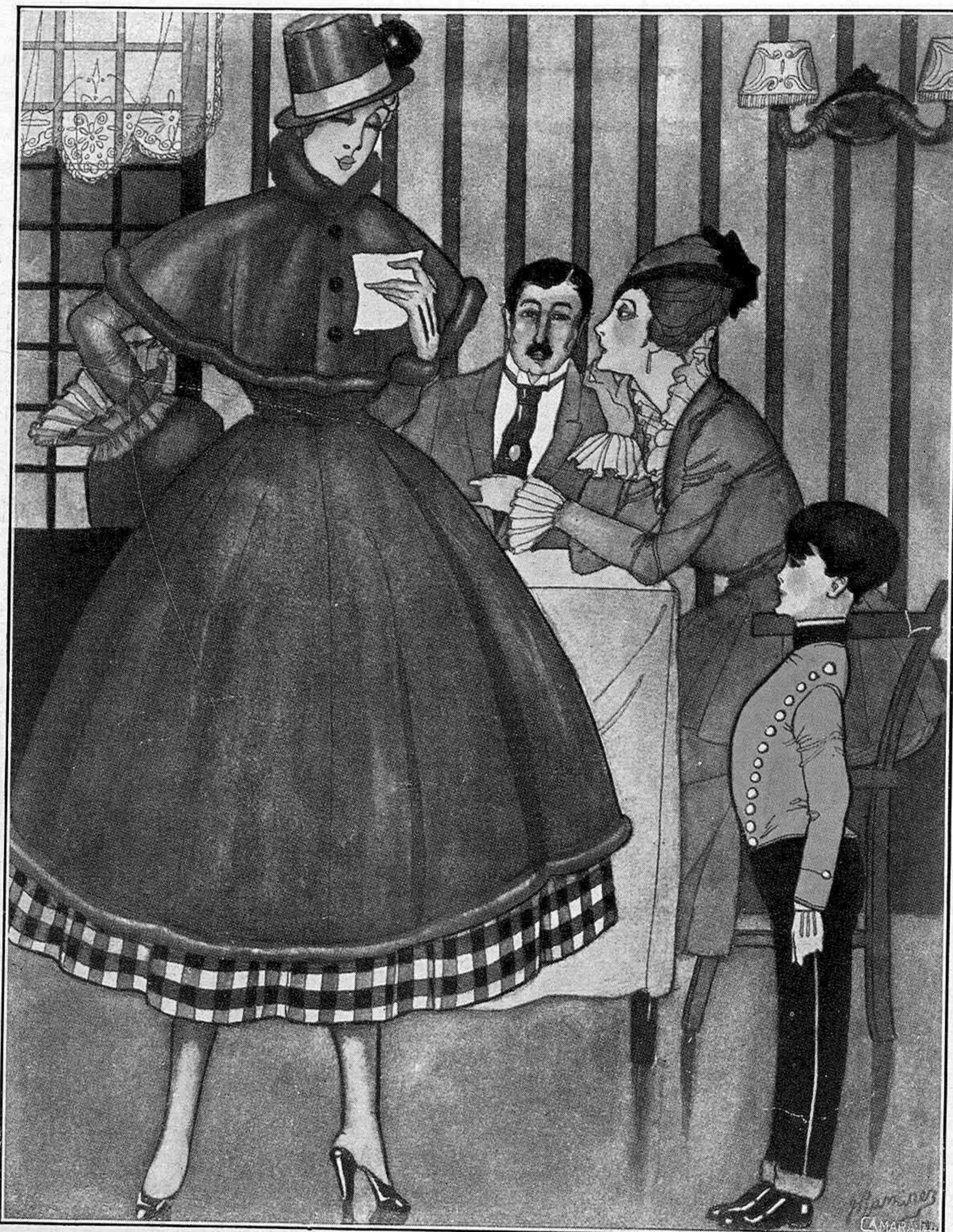
EDUARDO ZAMACOIS



## PLATO DEL DÍA

HABRÁ unos tres años que se ofreció á un museo parisiense una llave de aquel celeberrimo *restaurant* inglés en cuyos reservados se oyó la voz de Renan y sonaron los besos de las más ilustres entretenidas ó *morganáticas*. En muchos de los manteles del comedor de moda había croquis inéditos de Gavarni. Migajas inmortales del genio eran las páginas que los Goncourt dedicaron en su *Journal* á recoger las sobremesas de las cenas literarias. *Et sic de cæteris*. La llave que hicieron rodar tantas manos celosas y tantas manitas acariciadoras y que al final desaparecía filosóficamente en la faltriquera de un *garçon*, tiene el valor de una reliquia de los mártires del diablo, como hay las reliquias de los mártires santos. Las cerraduras, en vez de cerrar, abrían porque incomunicaban con los prejuicios y los convencionalismos de la calle y hasta de los corredores y daban rienda suelta al sátiro que suele ocultar un frac y á las ninfas que entonces se ataviaban con el miriñaque. En una vitrina, y catalogado con escrupulosidad, se conserva el hierro elocuente en su mudéz, moderno candado contra la virtud, en oposición á los férreos cinturones medioevales contra los placeres...

Cada país, cada literatura, localizan sus momentos romancescos y decisivos en un mismo paraje y perpetúan el instante característico de sus costumbres. Así ha podido observar Taine que los más sentimentales personajes de una novela inglesa devoran á lo largo de la historia romántica una respetable cantidad de tarros de confitura, pellas de manteca y otras golosinas. Aquí en España, ¿se concibe un libro sin reja y coloquio á la luz de la luna? En Francia es necesario el capítulo en un *restaurant*. Se comprende dado el tono aventurero y superficial de los idilios parisienses. Gusta deliciosamente la francesa de coquetear con el público y se imponía la implantación, la consagración de una pista para los torneos de la galantería. Se eligieron el baile, los jardines y el *restaurant*. Y no se crea que esos idilios que se insinúan con miradas de mesa á mesa y que resuelve una escapada al tocador, donde *Ivonne* y Arlequín cambian una cita mientras Pierrot lee en su abandono *Le Gaulois*, se contagian de la grasa pesantez del ambiente. En Francia todo termina en canciones y las comidas con *champagne*. Una copa, un franco en el Barrio Latino. Una botella, un billete bancario en Montmartre. El *champagne* infunde lirismo en la mujer, como Mefistófc-



les tornó joven á Fausto. La *Ivonne*, la Colombina que traiciona á Pierrot en el asado, tal vez se arrepiente y enmienda conforme estallan las sabidas burbujas. A lo mejor, Pierrot soporta los abandonos crueles esperanzado con la voluptuosidad de la vuelta cobarde, diremos usando palabras de un gran escritor. Si no vale por sí sola mi afirmación, evocad los versos del *Dívino*, de Rubén:

«¿Recuerdas que querías ser una Margarita Gautier? Fijo en mi mente tu extraño rostro está Cuando cenamos juntos en la primera cita, En una noche alegre que ya no volverá...»

Cierto, sí, que el amor ofrece del otro lado de los Pirineos una extraña y pintoresca intimidad con el arte culinario. En todos los países. ¿No acostumbramos exclamar los españoles *te comería á besos*? Aparte el hábito de *flirtear* alrededor de un *ragout* y de otras circunstancias que no interesa analizar ahora, únicamente en los bulevares hemos oído que una rubia poética como un rayo de sol en una tierra de nieve y brumas, llamara á su afortunado amigo: *¡mi pequeño y querido flan!* Pero también le denominaba su *juguete* y su *perrito*. Concedo que las razas del Sur poseen mayor capacidad de idea-

lidad, concedo con reservas: un día en Sevilla una gitana me pidió una limosna... para comprar un *dulce fino*... La faraónica hambrienta soñaba en los caramelos y la rubia espiritual con un flan...

Sin embargo, sacar de ahí la conclusión del paralelismo entre la cocina y *l'amour*, equivale á sostener la teoría absurda, disparatada, de que los clérigos y los toreros, dicho sea sin salvar los respetos debidos, se asemeian porque van afeitados, y el sacerdote lleva la tonsura y el lidiador una trenza...

Casi llegaríamos á afirmar y defender lo contrario. Aunque se nos tilde de *snoobs* y de escrupulosos con exceso, á nosotros, formidables devoradores de carne sangrando aún, nos estorba que un comedor tenga demasiado carácter de comedor. Oid una impertinencia: dejamos nosotros de frecuentar una mesa digna de Lúculo porque decoraban las paredes unos soberbios bodegones, y hay que confesar que luego de unos cuantos platos, apesadumbra el espectáculo de unos huevos fritos y un jamón hasta dar náuseas. Imitemos á las *flapas* londinenses, que fingen no sentir vuestros ardorosos apretones de manos, que contemplan el inacabable crepúsculo y hablan del tiempo con su voz de flauta. Una bella tapicería de jardines

ó de nubes, ó de mujeres banándose en el río, circunda la estancia del festín. Pues así ocurre en Francia, que el *restaurant*, en fuerza de servir de escenario para comedietas galantes, ha llegado á redimirse y constituye uno de los testimonios mayores de la espiritualidad de nuestros vecinos. Una sirena de faldas cortas que recibe de pronto una carta en el *restaurant* donde aguardaba, sin duda es más interesante que una lectora en Saint Cloud, en Versalles. Epístola que nos envían á nuestro destierro, significa que todavía no nos olvidaron, gracias á Dios. Una esquila que arriba al *restaurant* en representación del comensal que esperábamos, es un síntoma terrible de la agonía del amor, del cansancio, de la indiferencia. De improviso surgen para la pobrecita sirena un conflicto sentimental, otro económico, otro de vanidad... El minúsculo *botones-pequeño y querido cangrejo*, que diría la rubia de antes, parece susurrar el primer chiste archiparisiense de su vida:

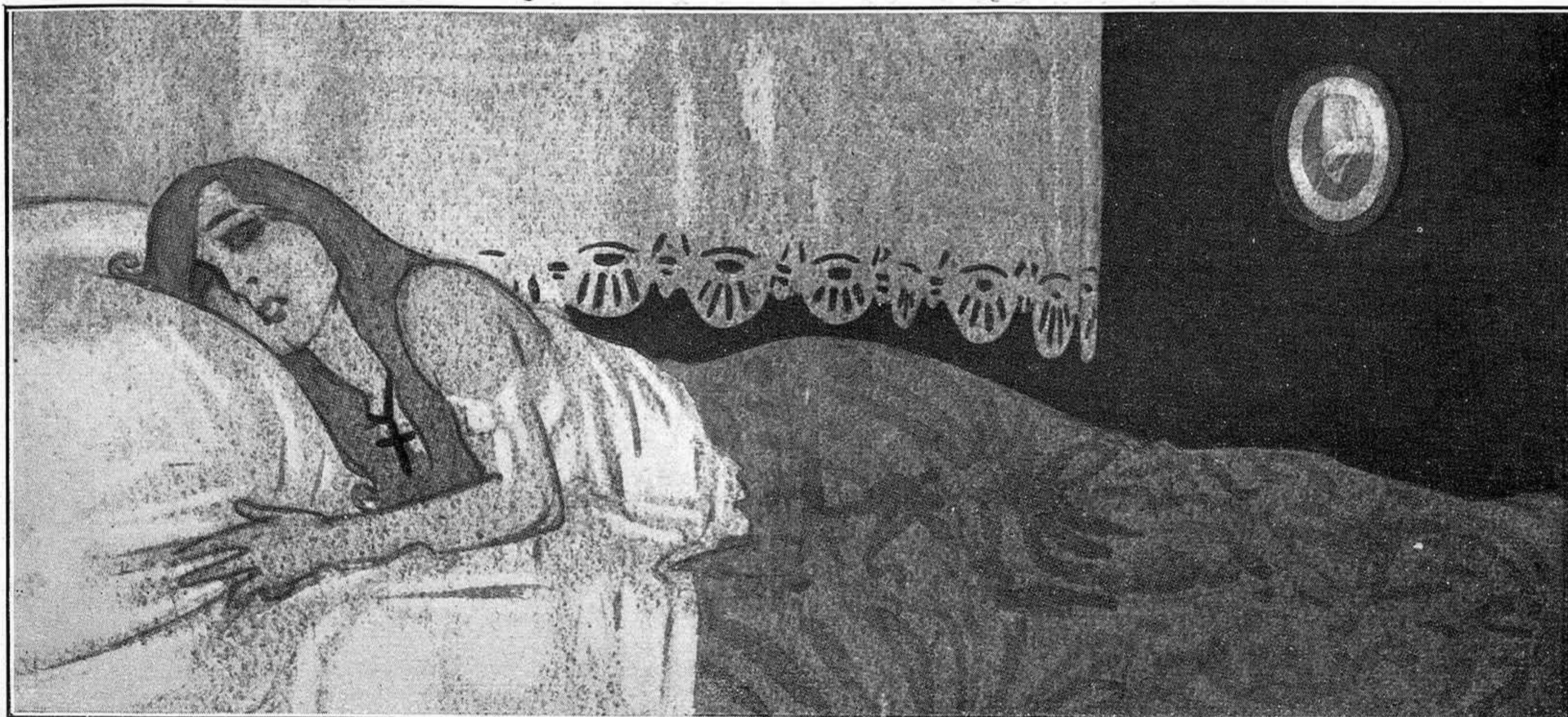
—Madame: esta noche, en este *restaurant*, no hay *poire*...

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

DIBUJO DE RAMÍREZ



# MEDALLA



## ANVERSO

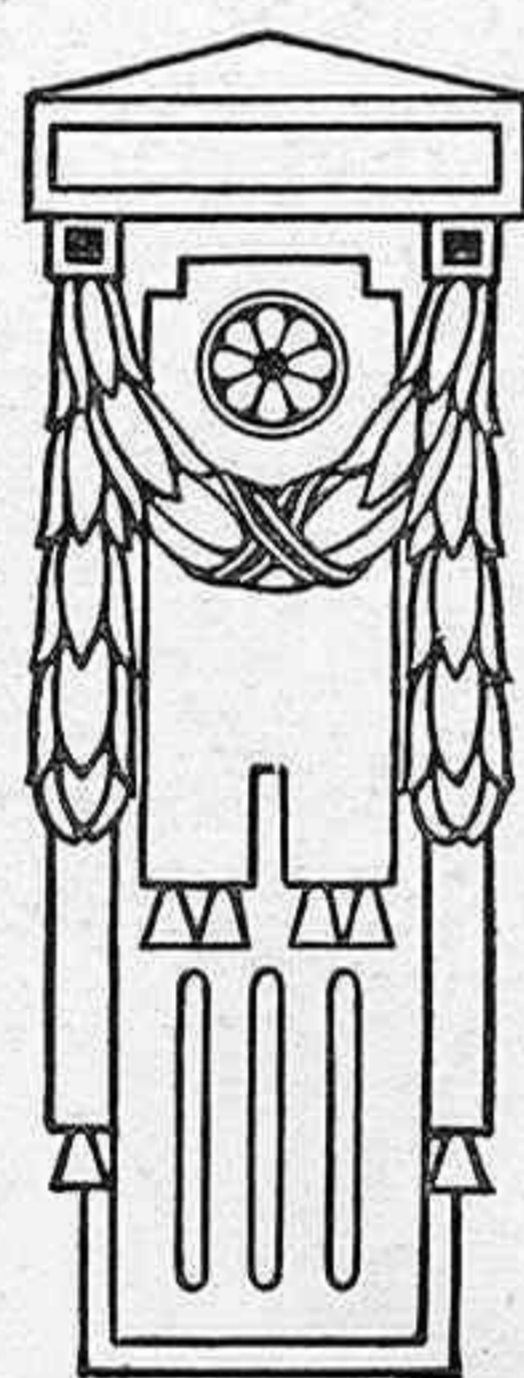
Se ha acostado la virgen y reclina en la almohada su cabecita rubia mientras inquieta vela, que aguarda al caballero de la altiva mirada galán de una leyenda que le contó la abuela.

Galán de una leyenda donde, brujas de cuento, á una princesa joven han convertido en flor, y el lindo caballero rompe el encantamiento y la joven le premia con un beso de amor.

— "Linda era la princesa y el caballero igual" —, murmuran de la virgen los labios de coral, y, en alta voz, el cuento va repitiendo así:

"Celebraron sus bodas, y en la alcoba nupcial..."  
¿Por qué no acabó el cuento de la princesa real?  
¿Por qué dijo la abuela: "Se ha terminado aquí"?

DIBUJOS DE PENAGOS



## REVERSO

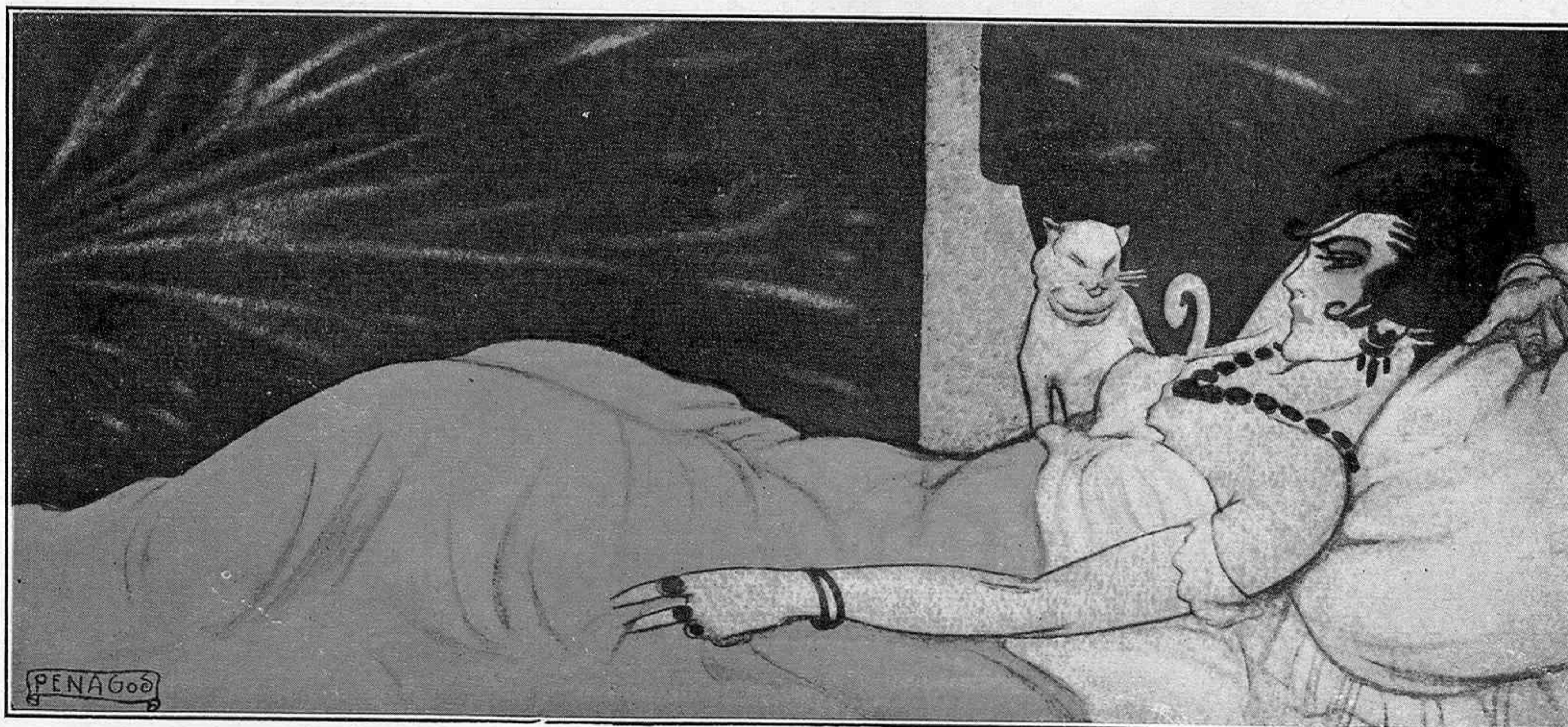
El galán caballero de la mirada altiva llegó al fin una dulce tarde de primavera, á libertar la virgen que esperaba cautiva viendo pasar las horas crueles de la espera.

El galán ha llegado; la joven, libertada del misterioso encanto de su virginidad, premio dió al caballero de la altiva mirada y un beso fué glorioso canto de libertad.

El rosal más fragante del jardín del amor floreció, al desflorar su moceril encanto; pero un día, el otoño, dando muerte al estío

arrancó aquellas rosas con vientos de do'or y hoy la bella princesa llora su desencanto viendo en las rosas mustias la nieve del hastío.

Joaquín DICENTA (hijo)



BIBLIOTECA MADRID



NUESTRAS VISITAS

## EDUARDO MARQUINA

Yo tenía unos deseos inmensos de venir á Madrid para probar aquí mi suerte y ver si podía nadar en este mar de luchas, pasiones y triunfos. En Barcelona escribía crónicas en *La Publicidad* y ganaba al mes diez y seis duros...

Le interrumpí:

—¿Escribía usted en catalán?

—No, señor; siempre en castellano: Yo apenas he sabido manejar con la pluma el catalán.

—Siga usted—le invité.

—Pues bien: Tendría yo diez y nueve años, cuando, con el producto de mi primer libro, «*Odas*», me planté en Madrid. No conocía á nadie á quien recurrir; pero aquí encontré á dos hombres que me ayudaron, dándome alientos: Bernardo Rodríguez Serra y D. Juan Valera. Me fuí á vivir á una casita de huéspedes de la calle de la Montera, donde, por cierto, también estaban Corominas, Delgado y otros camaradas, y allí recuerdo que se organizaban muy interesantes tertulias adonde concurrían Baroja, Valle Inclán, Dicenta y otros buenos amigos. Ocho meses estuve en Madrid, pasados los cuales, me volví á Barcelona.

—¿Fracasado?...

—No; con el propósito de hacer allí alguna obra de consistencia para volver con ella... Pero mi vida en Barcelona no era posible. Yo he sido siempre anticatalanista furibundo... No agradaban estas ideas más á muchos paisanos, y, entonces, un poco triste, abandoné por segunda vez Barcelona, con varias obras teatrales en mi cartera y muchas ilusiones en el alma. Y me encontré, por segunda vez, en la Puerta del Sol. Entonces conocí á Chapí... Usted sabe lo fraternal y lo simpático que era Chapí... A sus influencias, que eran enormes, me acogí para estrenar. «Don Ruperto—le dije un día:—Yo tengo un drama, usted puede ayudarme. Si usted se lo recomienda á Berriatua—que era el empresario del Español—mi drama será estrenado...» A las pocas noches siguientes, yo, ante Chapí, Thuillier, Dicenta y Berriatua, leía, en una mesa de Fornos, mi drama *El Pastor*. Tres ó cuatro meses más tarde, se estrenaba en el teatro Español.

—¿Gustó?—le pregunté.



EDUARDO MARQUINA  
Ilustre poeta y autor dramático

Marquina hizo un signo de negación con la cabeza; después lo ratificó.

—Ni gustó, ni no gustó. Le pasó lo más espantoso que puede pasarle á una obra teatral: ni pena ni gloria. Aquello fué una tentativa y un libro que ha quedado ahí...

Marquina hizo un silencio... Estábamos en su despacho... Una habitación amueblada con exquisito lujo, y que está más cerca del cielo que de la tierra... Por los ventanales se veía la terraza inundada del sol abriello que, sobre Madrid, caía aquella mañana...

Desde esta magnífica terraza se domina toda la población y dá la sensación de ir volando dentro de la barquilla de un globo que pasa

sobre la Carrera de San Jerónimo... Los automóviles y los trenes que constantemente llegan al Palace, que está al lado, desde aquellas alturas parecen de juguete. A Marquina y á mí nos separa una mesa castellana sobre la cual el dramaturgo escribe sus obras... En nuestra indiscreta inspección, hemos descubierto cuartillas de su próxima comedia *Don Diego, de noche*... A mí, antes de tratar á Marquina me era sumamente antipático... Lo creía todo fatuidad y soberbia... En mi visita he rectificado. Marquina es simpático y su charla muy amena. Tiene algo de acento catalán que le dá más gracia y hace más insinuante su conversación... Cuando habla un poco declamando, se acompaña de los movimientos de sus manos, que ayudan á traer la visión de lo que expresa. Físicamente, es joven, sano y de una absoluta corrección de facciones...

Hemos encendido un cigarrillo y tras sus primeras bocanadas de humo, hemos proseguido nuestro interrogatorio:

—¿En qué estado de espíritu quedó usted después del estreno de *El Pastor*?

—Abatido; reventado. Y en vista de que lo que yo sentía no sabía hacerlo, varié de camino... Hice *Agua mansa*, una zarzuela muy mala, un melodrama de cartón, al estilo de entonces y al cual puso música mi pariente el maestro Gay. La obra se estrenó en la Zarzuela y fué un éxito; mi primer éxito... Yo, en vista

de esto me hinché, me deslumbré y me dije: «Uf... La vida es mía. ¿Cobrar yo seis mil pesetas al año? Pues á casarme...» Y, claro, vino la realidad serena, fría, convertida en un calvario de tropiezos. Aquello fué una llamarada, pasada la cual, tuvieron que ayudarme á vivir mis suegros, tuve que refugiarme en casa de mis parientes en París... En fin... ¡qué se yo!...

—¿No fué usted Director de *España Nueva*?

—Sí, señor; llegamos ahora á ese momento. Tenía yo la corresponsalía de *España Nueva* en París; enviaba crónicas casi á diario.

—Las recuerdo.

—Un día, Rodrigo Soriano me mandó llamar y me dijo que si quería yo encargarme de la re-





Marquina, en su gabinete de trabajo, acompañado de su hijo

FOTS. CAMPÚA

dación del periódico. Acepté, encantado. Y allí me estuve sosteniendo hasta que estrené *Las Hijas del Cid*.

—¿Le costó á usted mucho trabajo conseguir el estreno de esta obra?...

—Regular. Fernando, á quien yo había presentado muchas obras que me rechazó, mirábame ya con un poco de terror ¿no?... Bien. Pues yo fui á verle con *Las Hijas del Cid* en el bolsillo. «Usted—le dije con una audacia hija de mi misma timidez—tiene que terminar por estrenar algo mío; pues mientras antes mejor. Vamos á leer esta, á ver si es la obra que nos vá á unir». A regañadientes aceptó la lectura; logré interesarle con la obra y desde aquel momento mi vida varió... Tras de ésta, estrené *Doña María la Brava*; después, *En Flandes se ha puesto el Sol*, y todas las demás...

—¿Siempre ha estrenado usted en la Princesa?

—Fuera de allí sólo he estrenado *La Yedra*.

—¿Cuál de sus obras ha obtenido más éxito?...

—*En Flandes se ha puesto el Sol*... Es la que más dinero me ha dado.

—¿Por cuál tiene usted preferencia?

—Si le hablo á usted con sinceridad, por ninguna. *Doña María la Brava*, fué la obra que yo he escrito con más ilusión; y le diré á usted el por qué en seguida. Yo, que había escrito *Las Hijas del Cid* sin gran detenimiento y á pesar de esto resultó un éxito, supuse que al hacer una obra con más cariño, sería mayor mi triunfo... Desgraciadamente, no fué así...

—¿Vive usted exclusivamente del teatro?

—No, señor. Yo he tenido que preocuparme para sacar adelante este vivir decoroso que llevo. Yo no tengo dinero... Entre los ingresos del teatro y de la librería cobro poco: unas doce mil pesetas al año... Y necesito para vivir casi el doble. ¿Cómo me las arreglo?... Pues trabajando enormemente. No he abandonado la colaboración de los periódicos y continúo haciendo traducciones. No crea usted, que laboro todos los días por lo menos seis horas. Me levanto á las cinco de la mañana, me coloco mi taza de café al lado y estoy escribiendo hasta las nueve; por la tarde, después de almorzar, otras dos ó tres horas... Yo escribo siempre ayudado con el café.

—¿Y le cuesta á usted gran trabajo producir?

—No, señor. Escribo con mucha facilidad... Mire usted...

Y Marquina fué pasando ante mis ojos un puñado de cuartillas de su obra *Don Diego, de noche*. Apenas había tachaduras denunciadoras de premiosidad ó indecisiones...

—¿Esa obra es para la Princesa?

—Para Lara; la estrenará en la actual temporada Emilio Thuillier. En la Princesa he leído *El Gran Capitán*... Una obra de amor caballeresco que será el próximo estreno de allí.

—¿Y por lo que veo histórico?

—Sí. Yo quiero siempre recoger de la Historia las almas aderezando con cierta libertad los asuntos de manera que puedan interesar á los tiempos de hoy...

—¿Qué escribe usted con más facilidad, el verso ó la prosa?...

—El teatro en verso. Lo he practicado tanto, que me son familiares sus secretos, y lo único que temo, es que también le sean familiares al público. Por eso, naturalmente, procuro abrirme paso con la prosa, que me gusta más...

—¿Experimenta usted miedo en los estrenos?

—¡Enormemente!... ¡Cada vez más! El día más angustioso para mí es el de mi último estreno... ¡Horrible! Me pasa una cosa curiosa. Cuando llego al estreno, sé perfectamente, ó creo saberlo en aquel momento, todos los flacos de la obra. Ponga usted, además, que el público, sobre los que veo yo, ve ocho ó diez más, y suponga usted cuál será mi tortura. La característica del miedo durante la representación, es que las obras me parecen interminables... Y lo más terrible, es cuando indaga uno y el actor que entra del escenario nos dice para tranquilizarnos: «Escuchan... Escuchan muy bien; como en misa...» Esta piadosa tranquilidad es una hiel: obra de la que se dice esto, obra que va al foso. ¡En cambio cuando se escucha ese aplauso insustituible é inimitable que es como una pedrea!... Ese aplauso que sólo recibe Benavente al aparecer en el escenario y que yo he escuchado ¡una sola vez *En Flandes*..., cuando aquella frase de «¡España y yo somos así, señora!»

—¿Le interesa á usted el juicio de la crítica?...

—Sí, señor; hago mucho caso de ella y me impresiona hondamente.

—¿Dónde gustan más sus obras: en Madrid, en provincias ó en América?...

—Hasta ahora, los éxitos de Madrid se han reproducido con demasiada exactitud en provincias y en América. En Barcelona me parece que interesan poco, y, naturalmente, es para mí un dolor muy grande porque yo he nacido allí...

—¿Cree usted que España atraviesa por un momento de esplendor teatral?...

—¡Con toda mi alma!—exclamó con vehemencia de actor francés—. Es más: yo creo que hoy día no hay ninguna nación de Europa con una pléthora de autores como España. ¡Eso, ciegamente!

—¿Cuál es su autor contemporáneo preferido?...

—Jacinto y muchos después; pero Jacinto Benavente antes y siempre. De los jóvenes hay una hornada interesantísima: Pinillos, Sassone, que será un autor enorme, Ardevín y otros... Advírtole á usted que yo voy muy poco al teatro, porque me acuesto muy temprano; es un defecto del cual pienso corregirme.

—Callamos; yo me puse á contemplar los cuadros que había en la habitación y al mismo tiempo le dije:

—¿Sabe usted, Eduardo, que me he equivocado al juzgarle?... Le creía un vanidoso antipático, y no es así...

—No me sorprende—murmuró el poeta lamentándose—. Ese juicio de usted es general y yo tengo la culpa. Hubo un momento en mi vida en que yo me sentí un triunfador, tenía una fe ciega en mi talento, creía que los dioses me habían besado y que era un elegido...; entonces me ensoberbecí. Saludaba *protegiendo*, vivía encerrado en mi torre de marfil..., me creía con derecho á *despreciar*... ¡Sí, sí! La Vida me dió después la lección y ahora estoy avergonzado. Yo, en un momento determinado, he cometido el error de envanecerme y ya toda mi vida de modestia no sé si será bastante á borrar este error...

Sus palabras eran sinceras.

EL CABALLERO AUDAZ





Vista de la ciudad de Cuenca, desde el río

FOT. SOL.

## LA CIUDAD Y EL RÍO

NUESTRO ilustre amigo Gedeón, á quien tantas majaderías le atribuimos todos, hizo, en no sabemos que época, una frase feliz, guardada, como joya en su estuche, en la inquietud de una interrogación: «¿Qué será que todos los ríos pasan siempre junto á las ciudades?». Ya, en otra ocasión, memorable sin duda para él, formuló otra pregunta igualmente lapidaria. Había ido á pasear al campo. El aire era tibio; la hora dulce; ameno el sitio. Y exclamó: «¿Porqué no se edificarán siempre las ciudades en el campo?...»

Y he aquí que los hombres, enamorados de la belleza bucólica y obedeciendo á una fecunda intuición estética, decidieron asombrar y complacer en lo posible á los cientos de miles de Gedeones que bullen sobre la tierra. Pusieron el río junto á la ciudad y asomaron la ciudad á las ventanas incomparables del campo. El estupendo avance de la humanidad permite defender la ilusión de que alguna vez las ciudades, todas las ciudades, como nuestro ilustre amigo quería, estarán edificadas en el campo.

Y entonces, extraordinariamente civilizados, hijos maravillosos de una edad que había inventado el gramófono para cuando pereciese la casta de los ruiseñores y creó la lámpara de filamento metálico por si se agotaban las estrellas, los hombres del porvenir, increíblemente adelantados, retornarán tal vez á la belleza augusta de las edades remotas, vistiéndose con pieles, muy bien curtidas, pero sin maleficio de sastre, y asomándose á los ríos para beber el agua esterilizada, en el cuenco, que ninguna industria ha aventajado aún, de la mano...

La ciudad y el río mantienen un noviazgo que es, por rara fortuna, utilidad y belleza. Los con-

cejales y los rimadores, los hombres de ciencia y los hombres de incurables ensimismamientos líricos están de enhorabuena. Con el abastecimiento de aguas nuestros antepasados resolvieron, de pasada, el problema de los poetas locales proporcionándoles un refugio deleitoso donde pudieran reverdecer los laureles de Garcilaso y de Fray Luís de León.

Así, estas viejas ciudades españolas—Granada, Cuenca, Toledo, Salamanca, Segovia—edificadas, con admirable gedeonismo, en lo alto, tienen á sus pies un río, y á veces dos, que, las noches de luna, desempeñan gallardamente el papel de trovador. Manso, dorado, dormido en sugestiva placidez, ó turbulento, obscuro, llevando en su agitado seno la tragedia del desbordamiento, el río ciñe la ciudad ó la embellece de soslayo, con el tesoro de sus márgenes floridas; de su canción interminable y apasionada, de su linfa temblorosa en la que el oro del amanecer y la sangre del ocaso tejen fantásticos muarés inolvidables.

Quitarle el río á la ciudad equivaliera á arrebatarse su más clara sonrisa.

El son del agua nos cura del ensordecimiento civil de la ciudad.

Los álamos y sauces de la orilla, meneados caritativamente por el viento, cumplen la misión de contrarrestar y aun de neutralizar el jadeo de las máquinas, el tumulto de los motines, la histérica algarabía de los pleitos, de los chismorreos familiares y de las discusiones de café.

Frente á tanto ruido urbano, bien necesario era oponer el silencio relativo y dulce ó, si queréis, el murmullo armonioso del río. Eternamente rivales, eternamente amigos también, el monón de casas y calles, la ancha cinta sonora, se complementan, se solicitan y se confabulan.

A ningún edil, por atacado que esté de manía renovadora, se le ha ocurrido aún, gracias al Señor, pedir que ningún río de los que «lamen» la ciudad, sea trasladado lejos de ella. Si el lirismo le desazona, estimándolo inútil para beneficiar al vecindario, se limita, por fortuna, á eso: á decir que el río «lame» la ciudad, ó todo lo más, á afirmar que la «baña». Verbos los dos muy municipales, muy adecuados y muy justos, que nos libremos cuidadosamente de combatir.

ooo

Pero considerando al río con menos sentido práctico, libres de objetividad, buscadores obstinados de emociones puras, hemos de amarle fervorosamente porque fervorosamente se nos entrega.

Siendo muy niños, en la ciudad donde abrimos los ojos por vez primera, le miramos desde el pretil del puente ó á la sombra de los cañaverales, con una secreta y amable inquietud.

El, huyendo siempre, ávido de la vaguedad y del hechizo de la lejanía, nos trajo la primera fiebre espiritual, aquella que enciende el alma, enemiga de lo cautivo ó de lo infecundamente inmóvil. En las ondas del agua se iban nuestras primeras miradas anhelantes, fugitivas y luminosas como las ondas. Sobre ellas, góndola de oro y de cristal fué la ilusión nuestra que navegaba; y la adolescencia se nos fué río abajo, con ímpetu de río y presa entre dos orillas como río también, hacia lo inmenso, lo insondable, lo misterioso. Asomado á otro pretil—el del dolor—Jorge Manrique sintió la infinita tristeza del agua fugaz. «Nuestras vidas son los ríos—que van á dar en la mar—que es el morir»...

E. RAMIREZ ANGEL



# TITTA RUFFO EN MADRID



Es una de las personalidades más salientes del arte lírico actual. Discutido como todo aquello que se eleva sobre el nivel de la mediocridad, Titta Ruffo ha acabado por imponerse a todos los públicos del mundo. Es una fuerza de sugestión invencible, la que emana de su voz enorme y poderosamente masculina, de sus alientos inverosímiles, de su fraseo insinuante, de la floración enervadora de sus *fermattas* y *cadencias*, decisivas para las grandes masas de espectadores... Como

domina y subyuga el gran barítono con su arte dramático, tan absoluto, tan completo, que puede llevar a los auditorios fascinados, desde el calofrío trágico en *Hamlet* y *Gioconda*, hasta la franca expresión de la alegría en *Barbero de Sevilla* y *Falstaff*.

Su retorno a Madrid, en el que cuenta innumerables adeptos y no poco fanáticos, ha sido la nota artística saliente de la temporada de invierno.

FOT. DERREY

CAMARA-F10





CALLE ARRIBA

## LOS ANGARILLEROS

La angarilla hace al hombre; ved aquí un axioma que no está consignado en tratado alguno de psicología, pero de cuya verdad están convencidos todos cuantos discípulos de Sterne se aventuran denodadamente por las calles de la Corte y Villa para realizar, á falta de otras ocupaciones más reproductivas, un paseo sentimental.

Un angarillero es casi siempre un soporte que piensa; á diferencia de los otros porteadores, agobiados por el peso de una carga estupefaciente, el angarillero camina erguido, alta la cabeza, el oído atento, acompasando su marcha triunfal con un balanceo característico de atrás adelante. El balanceo predispone al sueño y, cuando esto no es posible, al ensueño. Postulado: el angarillero es un soñador; si pendiente de la correa que oprime su espalda no llevara el peso del armatoste, colgaría de ella otro peso cualquiera con tal de no llevarlo sobre el cráneo pensante ó de no inclinar la columna vertebral como el esclavo aristotélico. En general, no es un profesional del rudo acarreo; hace las cosas y además las transporta y por eso en su fisonomía asoma en ciertas ocasiones el legítimo orgullo de quien se sirve en cierto modo á sí mismo. Un proverbio galo justifica tan cariñosa solicitud: «*On ne s'est pas bien servi que par soi même*».

Entre los angarilleros de selección figuran, desde luego, los ebanistas, los adornistas y los tapiceros. Una herramienta cualquiera, una gubia, una garlopa, un compás, un escoplo, denuncian á veces al artista bajo la blusa del mozo de transporte. Su rostro se contrae con una sonrisa de legítima vanagloria cuando los transeúntes se detienen para contemplar el milable primorosamente pulimentado llevado triunfalmente por su propio artífice, las cristalerías de pulidos biseseles, las lámparas de ornamentación versallesca, los sillones de cuero repujado, los divanes tapizados y guateados con la tersura que sólo podrá emular una mano enfundada en blanca cabritilla, ó bien los bronceos torneados con exquisita pulcritud y absoluto ajuste. «Miradme bien —parece decir el porteador: no soy un simple conductor: acaso, desconocido por los ignorantes, llevo dentro un Berruguete, un Cellini, un

Zuloaga; mi carga es mi orgullo; mi correa es una banda de triunfador».

Si la obra de arte es un espejo, entonces el triunfo se aminora. El sol se encarga de lanzar sobre las miradas de los curiosos relámpagos deslumbradores que paralizan el entusiasmo al cegar con sus esplendores inoportunos; y por todas las fachadas va pasando el reflejo homicida que obliga á retirarse de los balcones á los inteligentes como á los profanos.

Otros angarilleros son niños y su arte más elemental y rudimentario; éstos conducen verdaderas montañas de cartón que nos espantarían con la idea de su grávida pesadumbre si no supiéramos de antemano que están vacías. Tales son casi todas las aparatosas magnificencias; semejantes las vanidades que nos dejan absortos hasta que caemos en la cuenta de que son huera; celdillas de cartón, galoneado á veces, cubierto de bandas y honores y preeminencias, otras que no tienen, ¡ay!, nada dentro y que ambulaban destinadas á ajarse ó deshacerse al primer encontrón vigoroso ó á la inoportunidad de una lluvia de análisis.

Encontramos luego el enorme prisma forrado de lienzo pintarrajeado. La primera impresión que produce es de consternación y de espanto. La mirada se queda atónita ante las trágicas escenas y los episodios truculentos en que el pintor derrochó el tizne y el almagre. Una mujer desgredada yace en el fondo de un calabozo con un puñal clavado hasta el pomo ó rodeada de leones; al lado un tren expreso se despeña al abismo; una banda de malhechores encubiertos se reúne en traidor conciliábulo, de cuya eficacia da testimonio el cercano naufragio ó el incendio de cuyas llamas devoradoras procura salvar una madre á su niña inocente y miserablemente perseguida. Es el anuncio de un cinematógrafo. Sus conductores fingen cierta expresión dramática que cuadra bien con las escenas con que piensan atraer á las voluntades sensibles. De vez en cuando se detienen y se sientan en las varas de la angarilla y miran á los transeúntes con la superioridad de quien no se aferra ante los espectáculos más espeluznantes. Están en el secreto: saben que, al final, triunfará la inocencia y el criminal será castigado con la severidad que

acostumbra la casa *Vivé frères*, propietaria de la película é inventora del procedimiento, *sans garantie du Gouvernement*.

De pronto nos arroja brusca é inesperadamente de la acera un extraño convoy; también llegan los angarilleros; pero éstos tienen ya otro nombre profesional más acorde con su noble y dolorosa misión: se llaman camilleros, y á su paso la gente se aparta con grave y compasivo respeto. Sobre las angarillas, cubierto por la montera de hule, á cuyas mirillas procuran asomarse los más curiosos, generalmente mujeres y niños, llevan el cuerpo de un infortunado sorprendido por la enfermedad ó por el accidente. Todos comprenden que no pueden ser un obstáculo á la blanda y cuidadosa marcha; tal vez unos cuantos minutos de retardo impedirán la pronta intervención quirúrgica ó el acertado suministro de una dosis balsámica. Y los camilleros, cubiertos con sus gorras de galón dorado, serios é impasibles, como quien tiene la santa obsesión del cumplimiento del deber, siguen su ruta indiferentes á las frases de compasión que oyen á los transeúntes atribulados.

Yo recuerdo haber visto avanzar calle arriba en cierta ocasión á una de esas camillas cuya sola vista nos sobrecoge. Caminaban sus conductores pausadamente, como quien trae larga caminata y es ya presa en la faja. Un numeroso grupo de obreros, de mujeres, de desocupados, seguía la angarilla que, por no sé que conjunto de apariencias externas, tenía un aspecto lúgubre y aun fúnebre. Por fin los angarilleros se detuvieron y dejaron en el suelo su pesada carga. En aquel momento una mano indiscreta alzó la cubierta y los curiosos vieron tendido á un hombre, rígido, inmóvil, quien lanzaba un ronquido muy parecido á un exterior.

Al punto se alzó un clamor unánime.

—¡Pobrecillo! ¡Se está muriendo; no llegará! Y una voz les contestó desde el fondo del lecho móvil; era la de *el Cavour*, el ebrio consuetudinario quien pronunció estas palabras con voz de alcoholizado que parecía salir desde las profundidades de una caverna:

—Reños, majaderos: ¡no será esta mi última cogorza!

ANTONIO ZOZAYA



Angarilleros anuncidores de un cinematógrafo

FOT. CORTÉS



Barrau, un pintor holandés, el señor Pynenburg.

Excasos en número los lienzos, pues no pasaban de veinte, eran, en cambio, pródigos en méritos. Muy moderna y muy intimista la pintura del señor Pynenburg, responde á este deleite del color por el color que caracteriza á los pintores contemporáneos. Sus bodegones eran verdaderas obras maestras del género. Un artista decorador que ha obtenido muchos triunfos como ilustrador de libros y publicaciones periódicas, como cartelista y como encauzador de las artes industriales, el Sr. Triadó, ha hecho un alto en su labor para dedicarse á la pintura que llamaremos—en cierto modo—pura, ateniéndonos á la clasificación alemana. En las Galerías Layetanas ha expuesto el señor Triadó varios óleos de tipos populares catalanes y marinas de la costa mediterránea, interesantes como esfuerzo de olvidar su verdadero camino de decorador.

En el Salón París se celebró la anual Exposición de la *Sociedad Artística y Literaria* á la que concurren diez y siete pintores y un escultor. Los pintores eran: Anglada Camarasa, Baixeras, Borrás Abella, Casas Abarca, Cortés Ribera, Cusí, Galofre Oller, Galwey, Mongrell, Puig y Peruchó, Oliver, Ros y Güell, Sans Thomas, Tamburini, Tolosa, Urgell (M.) y Carlos Vázquez. El escultor era José Cardona.



"Triptico", original de Juan Llimona

A esta Exposición ha seguido la de Juan Cardona.

Ya en otra ocasión se consagró en LA ESFERA un estudio á este ilustre artista; oportunamente se protestó de que se le otorgara nada más que tercera medalla en la última Exposición Nacional.

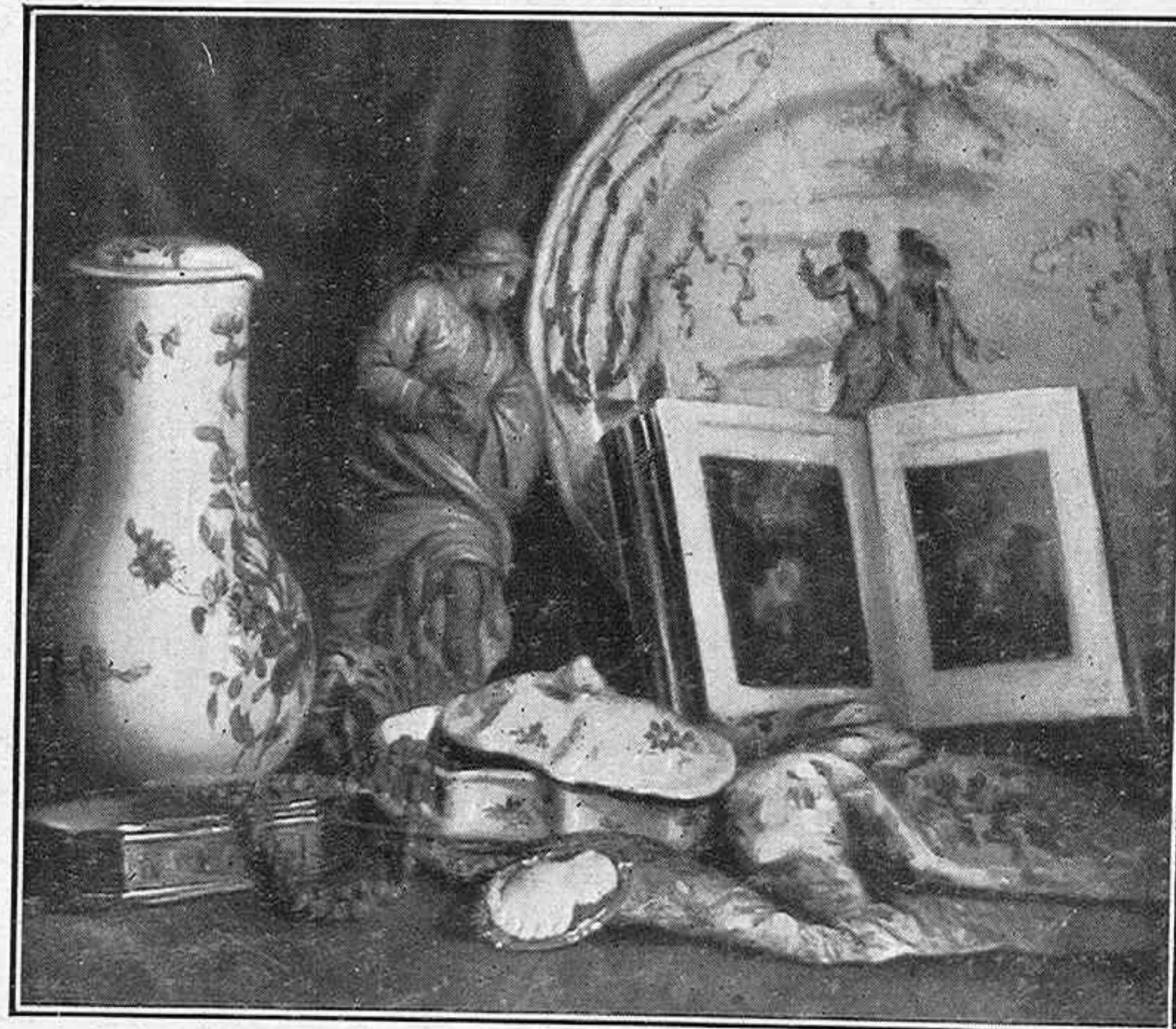
Cardona nos inspira una gran simpatía. Su arte, aun ratificado en París y obligado, por ende, á adquirir cierto carácter de «españolismo para la exportación» es sincero y posee aquellas cualidades de visualidad colorista, de eurythmia compositiva que debemos exigir como fundamentos inevitables de la belleza pictórica. Juan Cardona ama los pañolones chinoscos, los abanicos antiguos, las mantillas, los trajes gitanos, los clavos sangrientos y las sangrientas bocas femeninas. De aquí que sus cuadros causen una emoción grata y voluptuosa.

Finalmente no sólo encuentran los artistas catalanes los gratos medios de manifestación de las exposiciones. También los organismos oficiales y las casas particulares les encargan á menudo obras de decoración, como, por ejemplo, el tríptico religioso de Juan Llimona, los plafones de Mestres Borrell y el plafón de Ignacio Mallol, que para dos palacios particulares los dos primeros, y para la Casa de Maternidad el último, han terminado recientemente.

SILVIO LAGO



"Vieja haciendo mantilla", cuadro de T. Triadó Mayol



"Antigüedades", cuadro de R. Pynenburg

FOTS. SERRA



: MIRANDO :  
AL PASADO

## LA TORRE ÁRABE DE SAN PEDRO

Cuando la calle de Segovia se llamaba de la Puente, veíase en su promedio la famosa posada de los Maragatos, puesta en el lugar conocido por los Corralillos, cerca de los Caños de San Pedro.

Poco antes, á la mano izquierda, ascendía la calle de la Parrilla, que daba frente por frente al palacio de la Nunciatura. Estaba allí mismo el pretil de Santisteban, un tiempo nombrado calle de San Isidro, con la casona del duque de aquel título, convertida un día en monasterio cuando la habitaron las monjas de Santa Catalina al derribarse su albergue de la calle del Prado.

En el piso bajo de esa mansión, y luego de trasladarse las citadas monjas á la calle de Mesón de Paredes, construyóse el Teatro de las Musas, que sirvió de escuela de declamación para los aficionados.

Cruzaba, paralela, la empinada calle de la Palma, hoy costanilla de San Pedro, donde en tiempo inmemorial existió una mezquita sobre el terreno mismo que ocupa la parroquia de aquél nombre, sita con anterioridad muy próxima á Puerta Cerrada.

Esa iglesia tenía una hermosísima torre árabe que todavía pregona con orgullo el ser única en Madrid y haberse librado del revoco, aunque ha estado amenazada por un ridículo proyecto concebido á la sombra de la civilización de los tiempos modernos.

La torre árabe que preside el típico barrio de Morería es cuadrada, esbelta, de rojo ladrillo, sencilla, pero de una sencillez extraña y singular que revela su mérito. El ventanillo arábigo-bizantino es una pequeña abertura que pasa inadvertida para casi todo el mundo y que por sí sola pinta su historial.

Esta torre fué visitada por León V, quien admiró multitud de detalles pertenecientes á la época calamitosa en que la villa estaba sitiada por los partidarios de Enrique de Trastámara.

En la fachada que volvía por la calle de la Puente abríase la humilde portada de una cerería, que antes había sido quitamanchas. En tal establecimiento formaban diaria tertulia el cerero, dos capellanes, el sacristán de las monjas y un criado del marqués del Valle, cuya casa cercana se veía junto á la de D. Luis de Luxán.

Es fama que los muchachos de esta parroquia sostenían continuas luchas y reñidas peleas con sus vecinos del barrio del Alamillo. Unos y otros eran aficionados á la honda y se abrían la cabeza á pedradas. Señalada fué una de aquellas peleas. Los chicos de la parroquia, validos de su número, arrollaron á los contrarios, haciéndoles salir de la villa. Y he aquí que lo que comenzó en reyerta de chiquillos terminó en enérgica expulsión de los moriscos.

Sin embargo, los tales héroes se escondían debajo de la mesa y de la cama apenas sentían el eco del «espantamuchachos», que con voz desagradable y bronca subía por la calle con su linterna y su bolsa de cuero recogiendo las monedas que, envueltas en papeles, caían de los balcones.

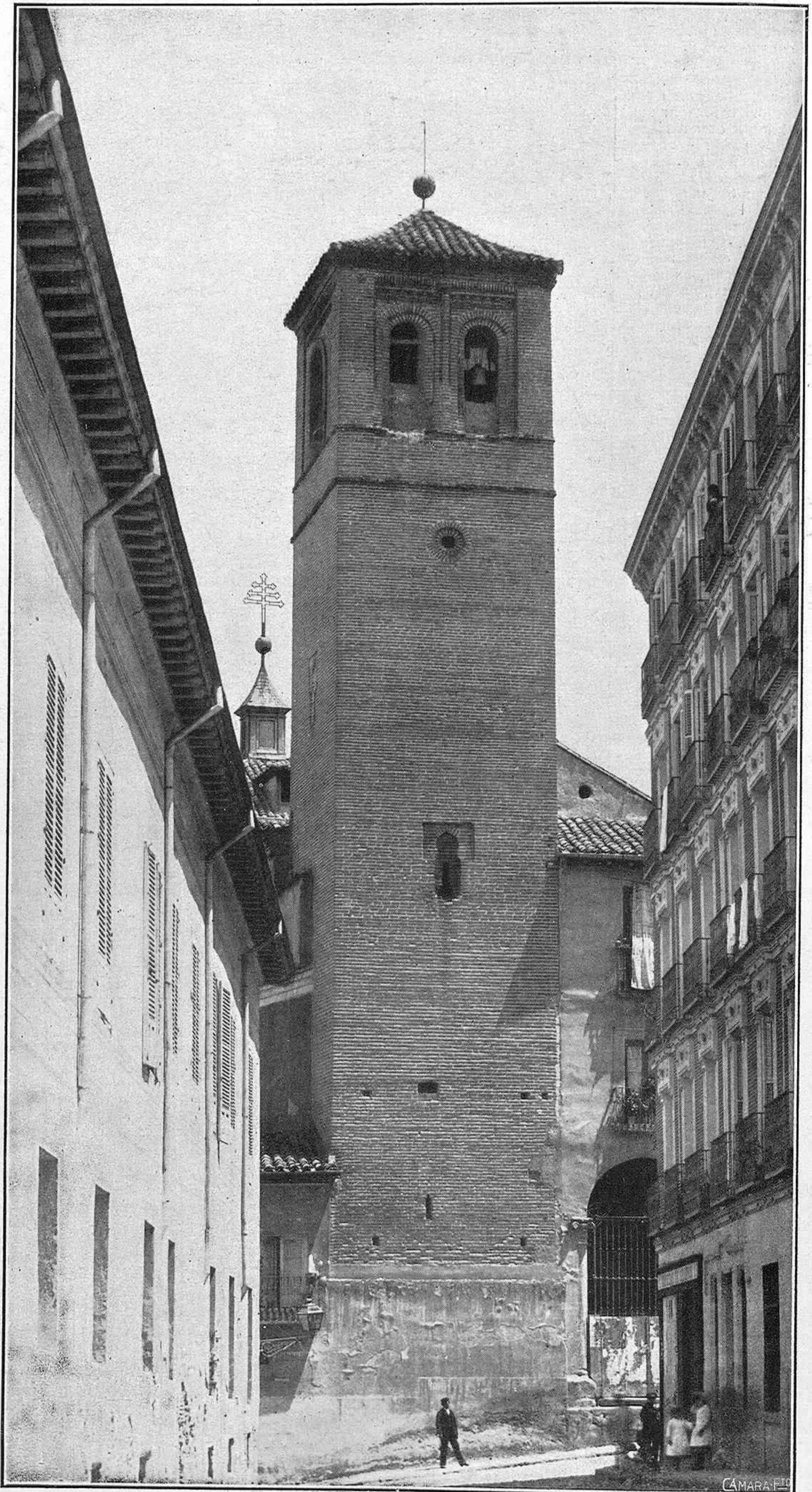
Uno de estos balcones era el que volaba pared por medio de la torre árabe, adornado con macetas verbeneras y cubiertos sus hierros con una cortina de dril. Llegábase á él por una escalerita estrecha y revuelta que evocaba las casas antañonas de otros siglos. El portal, estrecho y empedrado, con un grabado en la piedra del dintel que decía: «Alabado sea el Santísimo Sacramento», entre una cruz y dos corazones, y debajo: «Jesús, María y José». A un lado, el retable, alumbrado con luz de aceite. En las puertas, clavadas las estampitas de Santa Bárbara.

En el interior de la iglesia de San Pedro había muchas y muy interesantes sepulturas. Todavía se conserva en buen estado la de D. Rodrigo de Vargas, caballero de la Orden de Calatrava, que hizo donación de 30.000 maravedís para que fueran repartidos en pan cocido á los pobres de la feligresía en los días de Cuaresma, Pascuas, festividades principales de Nuestra Señora y el día de San Matías.

Estaba la esquina ocupada por una tienda de comestibles, entonces llamadas «mercerías».

A la puerta de este comercio hacían alto con sus borricos la «focarralera», que gritaba: «¿Quién me saca de güevera?», y el aldeano, que iba pregonando: «¡El medio cabrito, el medio cabrito!»

ANTONIO VELASCO ZAZO



Torre de la iglesia de San Pedro, de Madrid

CAMARA-FI